



MA alto, cuadrado, con una figura rica en superficies planas. Sus cabellos en cepillo dibujaban en lo alto de la cabeza una especie de terraplén. Abriéndose las dos espaldas, también como azoteas, a cada lado del cuello. Ancho y poderoso el tórax, pero vertical. De los pies, habría dicho que no sabían suelo, sino que se tendían sobre él. Como si aquel hombre fuese de madera. Pero había sido parido en dolor.

Era un silencioso. Y las pocas palabras que pronunciaba, apenas si tenían sentido. Sus ojos, en efecto, miraban siempre más allá que las palabras pronunciadas. Tras de aquellos ojos se movían pesadamente tres o cuatro ideas republicanas y federales. Pero, ni de eso hablaba nunca, tampoco.

Era valiente; no había memoria de que hubiese retrocedido en ningún trance de temor. Y trabajador: tampoco la fatiga le había rendido jamás. Le gustaba trabajar de noche, completamente solo. Solos, él y la noche.

Quando regresaba de su dura faena de pescador, reunía a sus dos hijos: un grandullón que se llama Baldobero y un moalbate que se llama Recaredo. Cuidándolos a los dos por la cintura y cruzando los brazos paseaba un buen rato así, con los dos hijos colgados. Después, los tres se sentaban junto a la playa, y él, con cada una de sus manos, acariciaba la cabeza de los chicos sin decir palabra, siempre silencioso. Y aquello era amor.

Eramos amigos él y yo. Yo le había visto desnudo. Completamente desnudo, ¡oh maravilla!, su cuerpo resultaba extraordinariamente blanco y se ennoblecía prodigiosamente. Parecía, no ya un caballero, sino un ángel. Un ángel viril; así los pintados por los viejos maestros.

También ahora debe de estar desnudo, allá, quien sabe dónde, perdido en el gran conenterio sin tumbas.

(1909)



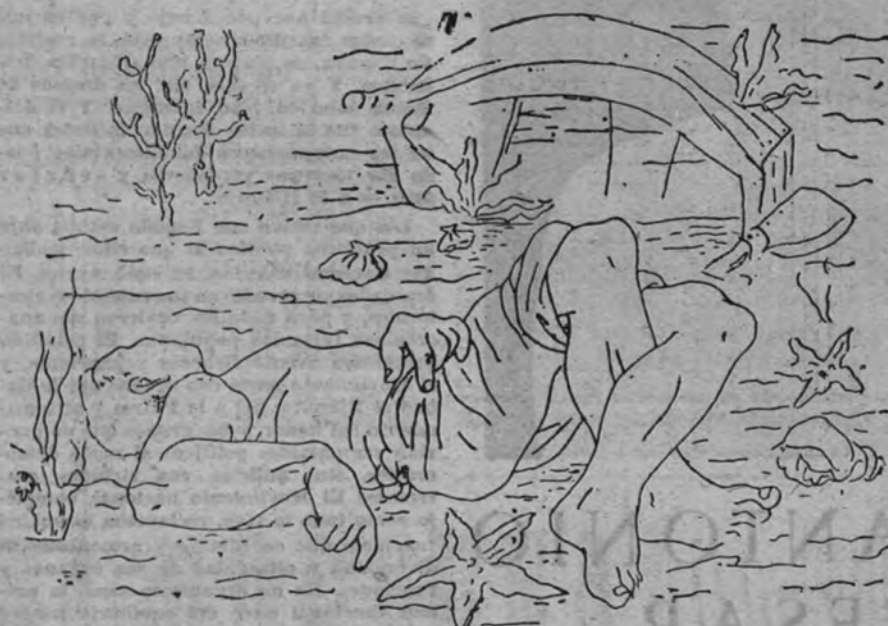
II UNIDAD

«Unidad», «Imperio», «Estados», «Metrópolis», eran ayer vocablos aborrecidos, doquier se reunieron nuestros compatriotas. Hoy empezaban aquellos, al revés, a verse invocados con ciertas místicas de fervor. ¿Tratase de un salto, en la rosa de los vientos?

La mudanza, en todo caso, no muere en el patriotismo de nuestros compatriotas. Lo que ocurre es que, si ayer se miraba preferentemente a la individualidad y a la caracterización, hoy miramos a la potencia y a la cultura. Porque ya sabemos que el individuo tiene tanta más personalidad cuanto más realidad circundante asume; cuanto más generosamente la representa. Y tanto carácter en el más noble sentido que pueda atribuírse a la palabra—como poder.

La nueva tabla de valores que mi Glosario predijo desde el primer día, recibíase al principio con cierta pública aversión. Se trataba, no obstante, de una resistencia circunstancial. Por, para quienes—servidores excesivamente dóciles de ciertos instintos oscuros—pronunciaron condena. Y no tuvieron la suficiente ironía—lo cual

GLOSAS de EUGENIO D'ORS



quiera decir que no tuvieron la suficiente ciencia—para dejar un margen a las adquisiciones intelectuales del mañana.

(1916)

III EN EL OBSERVATORIO DE SAN FERNANDO

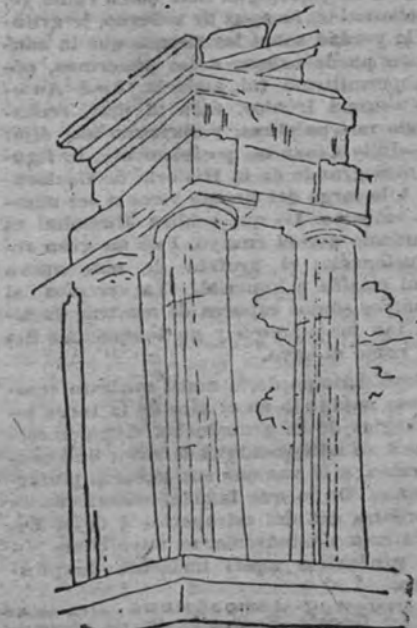
Andalus es el Sacro Monte de Granada; andalus, el Observatorio de San Fernando. Bien que el apresurado turista, al hacer su viaje, prescinda del segundo, pero jamás el hombre de espíritu, al hacer su síntesis, lo debiera olvidar.

Ya nos va cansando ese lugar común de la España africana (lugar común distinguido—lugar común de los «de segundo grado», según los llamaba Octavio de Roma; mil veces más hediondo que los vulgares y de primer grado; tanto que, muchas veces, le es lícito al pensamiento independiente y original apoyarse en éstos para combatir aquéllos)... Ya nos va cansando tan turbia historia del dinamismo y de la fiera, del misticismo y de la sensualidad. Ya empieza a impacientarnos tanta exaltación de la locura en boca de los ases de la marrullería, tanto himno a la Aventura, entonado por los caballeros del Escalafón. Todo esto es cromo, y cromo de colores finos, a saber: cromo cursi. Ni me parece menos frívola que la que se llamaba España de panderetas, la que hoy podríamos llamar, atendidos los elementos del tópico, «España de tam-tam».

Bilo resulta, además, atrocemente ingrato y sacrilegamente impio, en relación con aquellos de nuestros mayores que libraron combates en campos patrios, por la tradición clásica, por la europeidad, por la normalidad, la ciencia y la luz, desde San Isidro hasta don Juan Valera, pasando por Alfonso el Sabio y por Cisneros, y por Carlos III y por don Marcelino. ¡Tanto esfuerzo de su parte, tanta labor, tanta amargura, tan silenciosas y mal conocidas hazañas, para que salgamos nosotros ahora negando de su herencia! De la herencia a la cual se debe que en España tengamos unos cuantos edificios públicos y unos cuantos puertos y unos cuantos puentes y unos cuantos libros en unas cuantas bibliotecas... Y, también, después de todo, unos cuantos telares en que se fabrican esos to-

jidos—¡tan llenos de coarctación!—que entusiasman a los «nobes», y unos cuantos figurines para esos trajes regionales—¡tan «pintorescos»!—en que la superficialidad semilinda finge una revelación espontánea de la Raza, con misterioso origen en la noche de lo inmemorial.

No nos engañemos por otra parte. Una cueva del Sacro Monte, cada país la tiene en el fondo de su alma. Por dentro, por dentro, todos somos africanos. Pese a Spengler y Frobenius y Kayserlingos, pese a los relativistas de la cultura, pese a los Flammariones de la pluralidad de los mundos culturales, «Africa es un común denominador». Sólo que, así como la Historia no excluye a la Prehistoria, sino que se inserta en ella, Europa—en ciertos países, y gracias siempre a un esfuerzo de bendita artificialidad—se coloca sobre Africa y la somete. Y entonces es cuando la traza romana y bramantesca del Palacio de Carlos V se pone a pesar sobre el flanco femenino y elegiaco de la Alhambra; y entonces, cuando una Andalucía—¡o una Alemania, o una Suecia, lo mismo da!—que tiene en lo bajo de su estructura



16



bido artificio, acaba de abrir ahora a la transparencia el canal meridiano de la cúpula. La blanca claridad de la luna baja por ahí.

La blanca claridad de la luna, lunera, que en este mismo momento, en el Albaicín, lacta maternalmente a las bajas casucas.

A la torre sabia del Observatorio desciende la claridad de la luna, desciende ya la luna... Imparcial, se presta lo mismo, allí, al sensual suspiro de los Nostalgias; aquí, a la racional exactitud de los Cálculos.

Desdichado quien no conozca, tanto como en Nostalgias en Cálculos—tanto en la africanidad como en la europeidad—aquel acorde secreto que hace palpar el corazón.

(1928)

IV LA BIBLIOTECA DEL FALANGISTA ORIANI

Si no en su completa monumentalidad, en extracto, urgiría entre nosotros ver traducida la obra de Alfredo Oriani sobre las luchas políticas de Italia. A mi entender, la lección más importante que puede sacarse de la misma—admirable lección para que nos la traiga un libro que se concibió y compuso en pleno delirio nacionalista del «Risorgimento», es la básica imposibilidad en que Italia se ha encontrado constantemente de constituir una Nación.

Siempre ha sido menos o ha sido más. Cuando una vocación de Imperio no la deramaba, un impulso de interior disgregación la desunía. Así que Roma la coronaba, tendía una mano para empujar un cetro y otra mano para abarcar la esfera del mundo. Jamás para ella ha podido haber un durar de término medio entre feudalismo y el municipalismo es feudal también, en lo hondo—e imperialidad.

La edición completa y reciente de los escritos de Alfredo Oriani lleva un prólogo de Benito Mussolini. En este prólogo se dice poca cosa. Pero lo que se callaba en el prologar se remachaba en el hacer.

(1938)

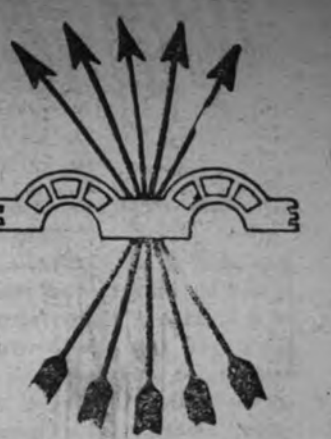
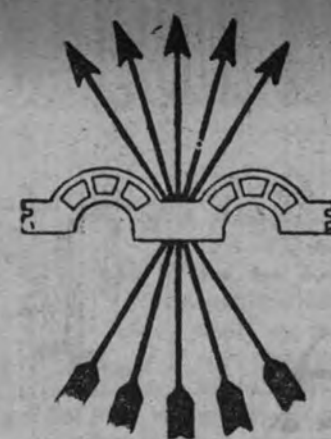
V CUANDO LA RESURRECCION DE LOS CUERPOS

San Agustín se pregunta, con referencia a los mártires, cómo el día de la resurrección de los cuerpos recobrarán los suyos. ¿Con las señales del martirio o sin ellas? Si lo primero, la imperfección corporal fuera su eterno lote. Si lo segundo, quedara su heroicidad sin huella y, por lo mismo, sin victoria.

Y he aquí la salida que el santo filósofo propone a la dificultad: Que se desvaneciera, en aquellos órganos gloriosos, el rastro de cuanto en el martirio significó mutilación, merma, invalidez. Pero que permanecieran las cicatrices. «Las cuales, asevera, resplandecerán por lo eterno como joyeles».

Así como San Agustín a los de la iglesia, adivinamos en la vida perdurable de las formas, a los mártires del Imperio. Así, íntegros, hermosos y condecorados.

(1940)



SUPLEMENTO SEMANAL DE ARRIBA

AÑO II

MADRID, 7 DE MARZO DE 1943

NUM. 62

CRONICAS LITERARIAS

VIDAS IMAGINARIAS EN LA UNIVERSIDAD POR «AZORIN»



ESTA mañana he estado en la Universidad Central, durante un momento, mientras me paseaba solo, he estado imaginando... Yo estoy en una pequeña casa de huéspedes. Yo tengo sobre mi mesa «La Saeta», «La Vida Española», un tomo de Mauceri, otro tomo de Sempere—que es tal vez una obra de Tolstói o de Renán—, la cama se halla en el fondo de la alcoba—una alcoba diminuta, en que hay también otra cama—, en un ángulo se ve un baúl forrado de lienzo gris; en la pared, un cuadro de un paisaje de Goya.

La selección de nombres está regida por un criterio de la mayor amplitud posible, condicionándola tan sólo a la actualidad de vidas y obras y a una dedicación al género consagrada, en cierto modo, por el tiempo y el renombre. No pretendemos estar libres de haber incurrido en omisiones, inadverencias unas veces, y nacidas otras de la fuerza de las circunstancias. Como complemento de este número, publicaremos dentro del año en curso una nueva selección de crónicas literarias, recogida en la obra de los escritores más recientes.

La designación de los trabajos responde en su mayoría al criterio selectivo de los autores, y su colocación dentro del número no obedece a preferencia alguna, habiéndose buscado solamente el mejor acomodo plástico y tipográfico de las páginas, que responden al siguiente

SUMARIO

En la Universidad, por «Azorin». Página 1.
Sensación de primavera antigua, por Ledesma Miranda. Página 2.
Primeros de lo cotidiano, por Eugenio Montes. Página 3.
Mi primera crónica, por Ernesto Giménez Caballero. Página 4.
Borja, académico, por Juan Aparicio, y Deplozación del Jueves Santo, por Ángel M. Pascual. Pág. 5.
Dos benjamines de Falange, por Luya Santa Marina. Página 6.
La casa de la esperanza, por José María Pemán. Página 7.
«En Paces», por V. de la Serna. Pág. 8.
El domingo de los dioses, por Agustín de Foxá. Página 9.
De «La Escuela de Atenas» a «El Juicio Final», por Pedro Mourlane Michelena. Página 10.
Recuerdo y angustia de Salaverría, por José María Alfaro. Página 11.
La tentación del pan, por Fermín Yzuriola. Página 12.
Hospital Clínico, por Manuel Aznar. Página 13.
«La muerte menos temida de más vida», por Samuel Ros, y La cultura moderna, por J. Plá. Pág. 14.
Con José Antonio sobre César, por Francisco Bravo y «El sentido total de lo que se quiere», por Joaquín de Zuazagoitia. Página 15.
Cinco glorias, de Eugenio D'Ors. Página 16.
Ilustraciones de Tauler, Serny, Egula, Aragoneses, Gabriel, Suárez del Arbol, López Sánchez, Pedro Bueno, Kín y Escassi.

viendo a la mesa; nosotros comenzamos a discutir sobre política. ¿Qué es lo que va a hacer Canalejas cuando suba al Poder? ¿No cambiarán las cosas de arriba a abajo? —Ese es un hombre!—dice Enrique entusiasmado. —¿Qué orador!—exclama Paco. —¿Tú crees—le pregunta Rafael, ardiente republicano—que habla mejor que Salmerón?

Y ya la polémica está en marcha; todos discutimos a gritos sobre la oratoria de Canalejas, sobre la de Salmerón, sobre la de Maura, sobre la de Melquíades Álvarez. Es posible que nosotros no hayamos oído a estos oradores; pero nosotros afirmamos cada uno nuestras admiraciones con voces terribles, con puñetazos sobre la mesa, con interjecciones. Y así se acaba la comida. Y es preciso ir al café por la tarde: sólo los que estudiamos, sea en esta Facultad o sea en otra, comprendemos la profunda necesidad, la ineludible necesidad, de ir por las tardes al Colonial, a la Montaña, a Levante o a Fornos. Ya otro día hablaré de los cafés; cada uno de ellos tiene su público especial, que un espectador no distingue a primera vista. ¡He dicho antes que nosotros vamos acaso a Fornos? No, no; hay que ser lógicos: nosotros, los que vivimos en esta pequeña casa de huéspedes, vamos al Colonial. Allí tornamos a discutir durante una hora, dos horas, tres horas; la atmósfera está cargada de humo, de vapor; sueñan los platillos en los mármol; ocupan las mesas cercanías amigos y conocidos, a quienes saludamos y con quienes cambiamos cuatro palabras.

Y cuando salimos del café, vamos a pasear; en este punto, ya la vida de los que vivimos en las pequeñas casas de huéspedes, donde hay una cohesión, una solidaridad que no hay en las grandes—de esto ya trataré también en otra ocasión—; en este punto, digo, la vida que durante todo el día hemos hecho en común nosotros, paisanos, o casi paisanos, se disgrega, se ramifica; durante unas horas todos nos separamos; cada cual se marcha a sus pequeños negocios, a sus cosas. Y, ¡tendré que decirlos que acaso en esta separación momentánea influyen Carmen, Lolita, María, Consuelo, o, simplemente, esta muchacha que hemos seguido ayer tarde, que entró en tal o cual casa y que no sabemos cómo se llama! ¡Os contaré cómo todas estas muchachas dejaron en nuestras imaginaciones una estela de ternura, de encanto, que nos alegra por un momento en los años de nuestra senectud!

Pero no adelantemos los acontecimientos; esto pertenece a otro orden de cosas. Ya el tiempo ha ido pasando. Yo he recordado ya cuatro, seis, ocho, doce, veinte pequeñas casas de huéspedes. Yo he conocido ya a cuatro, seis, ocho, doce, veinte don Bernabés o don Nicasios. Ya ha llegado la triste hora de la partida. Ya estoy en el pueblo. Ya han pasado veinte, treinta, cuarenta años. Sobre mi mesa de trabajo están estos toros terribles de Mauceri, de Sempere, de Preira y Rabada, de Medina y Marañón; todas las mañanas yo estoy encerrado en mi despacho, escribiendo cosas absurdas e inexplicables sobre anchos y recios papeles que llevan un timbre del Estado. To'o esto quiero decir que yo soy notario, registrador o escribano. Estamos. 1950 o en 1960. Yo vivo en una cómoda casa; como bien; tengo dos, tres o cuatro excelentes amigos. Con ellos paso todos los tardes; después de comer, si es en invierno; al anochecer, si es en verano. En estas andas, se llegamos hasta un huerto que yo poseo, con largos parrales y anchas y rotundas higueras.

Allí nos sentamos un momento y platicamos con sosiego. Ya soy un poco viejo; yo evoco aquellos años de estudiante que pasé en Madrid. Las cosas, en las lejanías del tiempo, han ido

(Continúa en la página siguiente)



Por LEDESMA MIRANDA

NO porque parezca muy mozo deja de saber lo que son las madrugadas. El las espera ávidamente, apostado en la sombra de la noche. O acaso dormitando en el café, entre los bronces alegóricos del Té y del Cacao y en un paisaje turbio, vaporoso, de conchas, ninfas y delfines. La aurora rasura el semblante de la noche; lo vuelve limpio y luminoso. Y al rayar su filo, nacen las fuentes. Porque hay fuentes en la ciudad, gritos juveniles de cristal, brazos jóvenes de agua que la noche apaga y confunde y el alba dora y resucita. En las afueras, erce y se colma, la noche, de aromas y zumos vegetales que un viento tenue espolvorea, y al apuntar el alba huele a olores suaves, fríos y finos, como si trascendiese la desnudez temblorosa de los astros que se extinguen.

Pero esta noche es otra, y el atisba, tras los estores del aposento, el alba de primavera. Y al fijar su mirada en un astro recuerda una antigua voz:

—¿Ves, hijo mío, aquella estreñilla que parpadea allá, junto a las Cabrillas? Esa mi estreñilla. Me llama consigo. Y para siempre.

Tal había hablado la dulce mujer que lo tuvo en el hálito y que se apagó muy joven para asistir, desde arriba, a cuanto amaba en este mundo, que no era sino aquella existencia de pulso filial. Y ahora todo la recuerda. Porque en la estancia hay retratos de mirada viva que no puede ser apagada por el signo de una fecha remota. Y el alma pura y honda del ser desaparecido se asoma allí por todas partes, no sólo desde los ojos de los retratos, sino desde todos los objetos que tocó su mano con un designio vivo y ordenador. He ahí la gran cama perfumada y fresca, de sándalo, el Crucifijo de palorrosa que sangra a la cabecera, el búcaro de unas flores renovadas, la araña de tulipanes y los peines de concha y de cristal por cima de la recia cómoda. Sobre la mesa de noche, hay una redomita dorada en la que el agua suave y confortativa de

una noche que no ha dormido se estanca con lúcida quietud. Pero esto es vida o es símbolo y ceremonia? Ausente la clave —¿ellas!— de cuanto parece congruente, cualquier objeto tiene algo de impenetrable y cabalistico. El reloj de mesa con su dormida sonería; ¡qué extraño! ¡Y qué raro el tarjetero del secreter! Ha apagado la luz. Movidos del aliento de marzo, los estores ondean, como si marzo respirase en ellos. Amanece. Y todo nace ahora, todo nace en cada momento, y a cada momento todo expira. Pero el

alba es la consagración de lo que nace, y, sin hálito de estrellas fatigadas, sin experiencia, dibuja en oro de candor la palabra que nunca fué pronunciada y la rosa que no ha empezado a arder.

Aun parece oler a cielo de noche, a roció de estrellas, cuando el alba derrama despertares en zumos de oro, verde y naranja que son colirios para la mirada soñolienta. Y él no puede dormir. Está su alma llena de ardores y resabios, colmada de exaltación y curiosidad. Cercano a la ventana se halla el secreter. La curiosidad es, en una vida entera, una pasión exuberante. Ha abierto de par en par la ventana en la que se cuadra el nuevo día, amplio y azuloso, y, sentándose en el sillón del escritorio, fuerza una cerradura. Colecciones de postales. ¡Ah! Una fotografía suya, cuya moda debió favorecer a las jóvenes de entonces, otra de un cuadro en el que aparece vestida de albor y cortada una rosa blanca al filo de los dedos morenos. Otro cajón contiene apuntes, cuentas, vistas de la Exposición de París y de los canales de Venecia. Huele a un perfume antiguo de mirra y enebro. Otro cajón guarda varios libros religiosos con estampitas y recordatorios: La imitación de Cristo, la Introducción a la vida devota, de San Francisco de Sales. En el interior de este cajón hay, además, una llavecita que funciona en la cerradura de un diminuto armario adosado al escritorio. Dentro se apilan unos paquetes de cartas, esas cartas que amarillean y se deslicen, que casi se volatilizan. Su aroma, archivada, se ha quintesenciado: es como debieran ser esos perfumes que, rotos los precintos de un sarcófago, exhala el atiendo de una princesa fósil, abriéndonos un vivísimo y efímero resquicio al ambiente de una civilización milenaria. ¿No trasciende, por un instante, la hilaza de los atridos exhumados a ese aroma de galanía que debió revelar el primitivo amor micénico? A través de un perfume se reconstituye un alma y una edad. Desata la cinta verde de un paquete de cartas. Desdobra la primera, la más antigua: «21 de marzo de 18...» (Aquí el nombre a quien la carta va remitida: el nombre de ellas.) «No quiero escribir apenas nada en este pliego. Mi pluma se negaría a concertar razones. Yo la amo... etc.»

Fué el amor a esos profundos y dulces ojos que miran desde los retratos; del que nació el que ahora, en el umbral de otra primavera, contras nuevo compromiso de amar.

—Entonces había hombres; hoy no los hay—replica don Andrés.

—Es verdad—digo yo un poco tristemente, pensando en los retratos que yo tenía en mi cuarto de la pequeña casa de huéspedes—: es verdad; hombres como aquellos no los hay al presente.

Y como ya es un poco tarde regresamos al pueblo.

Este es el espejismo eterno de la vida. Vosotros, jóvenes alucinados que estáis ahora en las Universidades, ¿por qué queréis destruirlo?

"AZORIN"

(Se publicó en el diario «España», el 19 de febrero de 1905.)

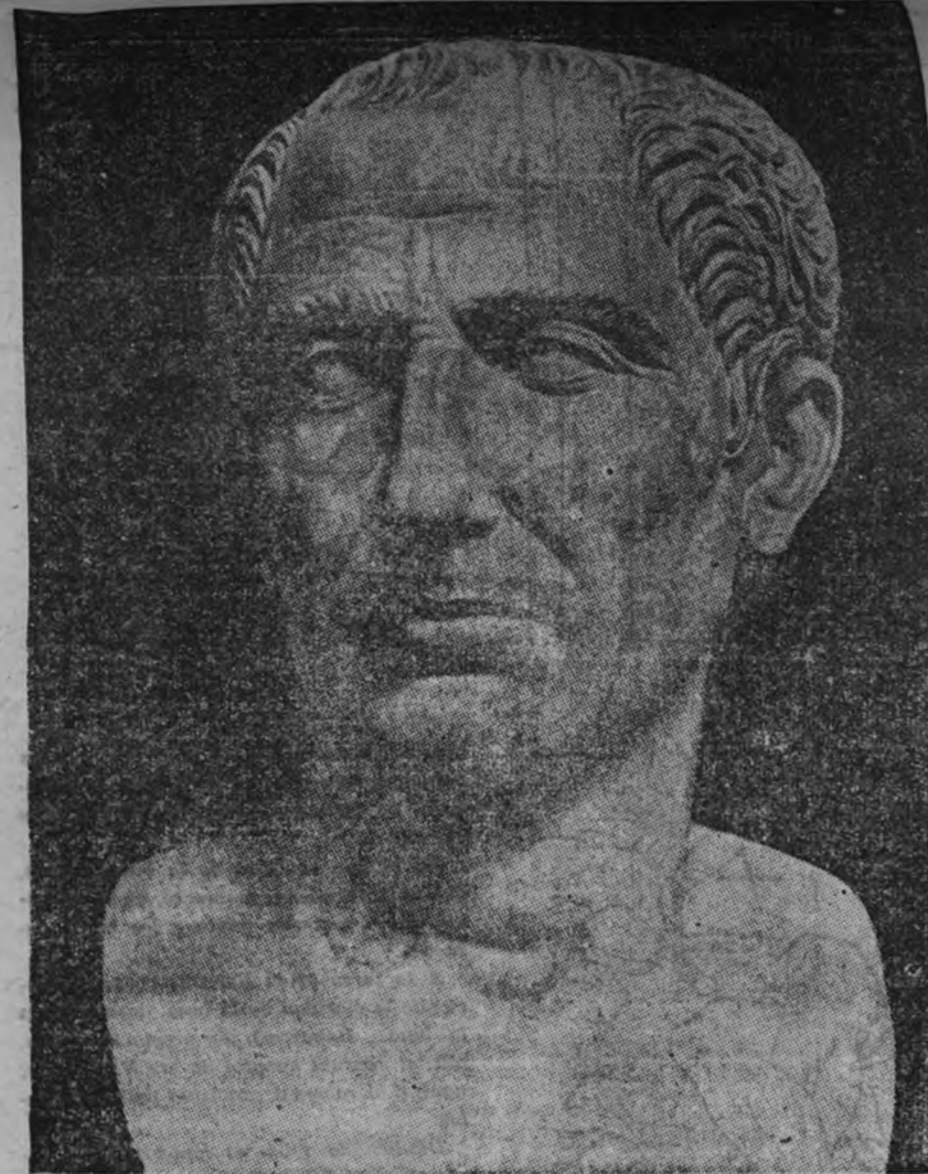
IDAS IMAGINARIAS EN LA UNIVERSIDAD

(Viene de la página primera.)

quido un relieve extraordinario; no me sucede nada; no sucede nada en el pueblo, y los más pequeños detalles de la vida son como sucesos enormes, complicados. Yo recuerdo lo que me ocurrió en Madrid una tarde que bajaba yo por la calle de Alcalá con una copa nueva que acababa de comprarme, y otra cosa, también notable, que me pasó una mañana que llovía mucho y que yo estaba parado en un portal de la calle de San Bernardo.

—¡Aquellos eran otros tiempos!—exclamó yo al fin.

—Sí, eran otros tiempos—corroboró don Rafael.



CON JOSE ANTONIO SOBRE CESAR

Por FRANCISCO BRAVO

UNA tarde nublada de agosto de 1935, nos llevó José Antonio al pobre José Manuel Alzupura y a mí, a Fuenterrabía. Llegaba de Madrid y de la caja hueca del Parlamento, donde el asunto del estraperlo había demostrado toda la hediondez de un sistema y de unas costumbres políticas que, desaparecidas, acaso, nos legaron su pestilencia. Y después de almorzar en un rincón grato del puerto y de saborear las viandas bien condimentadas por una fuerte matrona duranguesa, José Antonio nos dijo:

—Vamos a pasar la tarde junto al mar. Necesito limpiar los pulmones y desintoxicar la sangre, respirando hondo y fuerte el aire salino.

Charlando de todas aquellas incidencias deplorables, más humorista que sarcástico, José Antonio nos llevó a Fuenterrabía. Propuse subir al viejo castillo, hecho para resistir al francés. Bien pronto nos olvidamos de aquella trampa tendida por el ingenio de los hombres del bien trágico a los del bien estúpido. Aquellas piedras roídas por el muerdago nos hablaban de Historia.

José Antonio, accesible siempre a toda evocación—poética, sobre todo, al fin y al cabo—, recordó que uno de sus antepasados había defendido Fuenterrabía contra el invasor, logrando honores a costa de heroísmos y de sangre. Su temperamento y su casta de guerrero sumergían a lo poco que había en él de parlamentario y de político de ecúliors. Si su oratoria elegante y fina no iba bien con la mugre de los escafos, peor resultaba a su temperamento de cruzado el aire metafísico de la política partidista.

Fuimos después por un mal camino, entre pinos, a la orilla del mar, junto a un viejo campamento, que nos hizo recordar a Valéry y a su famoso poema, que José Antonio sabía de memoria y en francés: «Tocho tranquilo y ruta de palomas...» que palpita entre pinos y entre tumbas... Pronto el aire del mar espantó alusiones a aquellos con los que teníamos que combatir y aun estar en contacto. Yo miraba a José Antonio, erguido en una peña, cara al mar, y recordaba una observación de Georges Roux sobre César, recordando otra de Bainville sobre Napoleón, los dos titanes que nunca dejaron de ser hombres de letras. Y como en presencia de José Antonio sólo podía pensarse en las élites de la más alta humanidad y en los problemas decisivos de la Historia y de los tiempos—ningún signo mejor de su grandeza—, la charla se nos fué sobre temas de Literatura y de Historia.

—¿Conoces—le pregunté yo—la «Revolución de César», de Roux?

—La lei en París hace unos meses—replicó—. Me ha parecido un libro excelente, de lo mejor que se ha hecho sobre aquella figura genial.

Y como por entonces se había puesto de moda el negar condiciones de caudillo al Jefe de la Falange—es un ensayista, un literato, pero no un jefe político, solían decir los más benévolo; mientras que otros, ante los casos contemporáneos de Hitler y de Mussolini, lamentaban que no fuera albanil—, con aquella confianza que nos consentía su cordialidad a los que le queríamos y obedecíamos desde la hora primera, yo le dije:

—En ese libro, tan actual, hay un pasaje que puede ser aplicado. Recuerda esta frase, referida a César: «Los aristócratas han sido siempre los revolucionarios más seguros. Es la selección la que hace las revoluciones: el pueblo no pasa de las motines.» Los que te reprochan el venir de casta aristocrática, el ser hostil a toda zafiedad e inaccesible a lo vulgar, no caen en la cuenta de que hacen tu mejor elogio como jefe de un gran movimiento de renovación espiritual, que está destinado a influir decisivamente en la vida de nuestra España.

José Antonio poseía, como pocos, el pudor de las almas grandes, cuando se alude a su psicología. Sólo quien como yo, insobornable, incapaz de soborno, le gritaba la verdad sobre los riesgos que la adulación puede causar a los poderosos, podía permitirme tal audacia. José Antonio sonreía irónico, cara al mar, rechazando mis palabras, y recuerdo que dijo:

—Julio César es, posiblemente, la figura más grande de la Historia de Occidente. A lo largo del tiempo viene a ser nuestro maestro. Lo que realiza Mussolini es lo mismo que él ensayó. Fué un gran revolucionario; el profeta de una nueva edad clásica e imperial. Ya veremos si nosotros somos capaces de mostrar un alma tan magnánima y un temple tan firme como el suyo.

José Antonio decía aquel modesto enotroso captando en el aire de la tarde los presagios de la gran lucha. Acaso recordase a su antepasado el defensor de Fuenterrabía, a la vez que sus lecturas plutarquicas. De lo que indudablemente no se acordaba, era del estraperlo y de la España ruin y minúscula, en cuyo clima podía producirse aquel incidente de picareca.

(«La Gaceta Regional», 20 de noviembre de 1938.)

“El sentido total de lo que se quiere”

Por JOAQUIN DE ZUAZAGOITIA

El anhelo de unidad latía en el fondo de todos los grupos que se oponían a los designios disgregadores de la segunda República. Ninguno de aquellos grupos tenía mentalidad partidista. Eran, en cambio, partidistas las agrupaciones que se cobijaban bajo el pabellón republicano, y por serio eran secesionistas, social o territorialmente secesionistas. Y en aquella pugna entre los que pretendían imponer sus ideas, aunque España se quebrara, y los que creían que por debajo y por encima de todas las diferencias está la realidad de España, se planteó una situación dramática. Y ya se sabe que los dramas no tienen solución, sino desenlace. Y el desenlace fué la lucha cruenta, la única que en las antagonismos fundamentales puede dar victorias verdaderas y señalar senderos a la Historia.

Los que creían que España estaba ante un problema político al que ellos podían dar electoral solución, se equivocaron. El drama los sorprendió en sus cubiletes electorales, y para nada les sirvieron sus anárquicas fórmulas populistas. El estallido dramático aventó ficheros y papeletas, y el Movimiento nació con el tono que le daban el Ejército, fiel a la Patria y al sentimiento del honor, y los grupos que no querían ser partidos políticos al modo democrático, sino milicias con virtudes castrenses. El Movimiento nacional, completo como todo lo vivo, reclamaba la unidad funcional que coordinase y armonizase la diversidad y pluralidad de sus órganos y funciones. En un organismo sano, la unidad funcional nace del equilibrio mismo de los diferentes órganos y funciones. Y ella, nacida de ese equilibrio, se encarga de mantenerlo y regularlo. Quienes tenían este concepto vitalista del Movimiento, necesariamente han de ser gentes que evidencian asépticamente de que no se rompa esa unidad funcional, indispensable para su existencia y normal desenvolvimiento. Quiénes, por el contrario, tuvieran del Movimiento una especie de concepción mecanicista, pretenderían acomodarlo a un esquema previo y ajustarlo a él como se ajustan las piezas de una máquina. Y esto es el racionalismo antirracional que ha movido las concepciones políticas del siglo XIX y contra el que se debate el XX con sus fascismos. Porque frente a las ideologías abstractas—error fundamental de las democracias—los fascismos son realistas y metafísicos. Es decir, que los fascismos oponen el héroe al ideólogo y el sentido total de la existencia a los programas. Recordemos aquellas palabras de José Antonio en el teatro Calderón de Valladolid: «Por último, nos dicen que no tenemos programa. ¿Vosotros conocéis alguna cosa seria y profunda que se haya hecho alguna vez con un programa? ¿Cuándo habéis visto vosotros que esas cosas decisivas, que esas cosas eternas, como son el amor y la vida, y la muerte, se hayan hecho con arreglo a un programa? Lo que hay que tener es un sentido total de lo que se quiere, un sentido total de la Patria, de la vida, de la Historia, y ese sentido total, claro en el alma, nos va diciendo en cada coyuntura qué es lo que debemos hacer y lo que debemos preferir.»

El ideólogo, cerrado de megalómano fanatismo, simula apoyarse en la voluntad popular, en el número, para imponerse. El héroe se yergue sin subterfugios sobre el milagro de la personalidad y sobre la realidad de sus hechos: lo universal humano concretado en un hombre. De ahí que los políticos democráticos sean incapaces de unificar nada. Ellos nacen y viven de la discordia civil, y cuando, por necesidades turbias, hacen falsas apelaciones a la unidad, no consiguen más que conglomerados informes, fácilmente disgregables en cuanto pesa la coyuntura pasajera que les ha apelmazado. Porque, como sucede en ciertos animales, únicamente el miedo agrupa a las turmas y las hace cruces, ya que no valientes. El héroe está dispuesto a dar su vida por los valores morales; por ello agrupa normalmente en torno suyo a las gentes y les comunica sus sentimientos, y con él los de orden y disciplina. El héroe manda sin necesidad de artilugios que justifiquen su mando. En la crisis contemporánea las naciones europeas encuentran sus héroes, sus conductores, y van de lo artificioso a lo auténtico; por ello enraizan en lo más hondo de las tradiciones nacionales. Nada más futurista, en realidad, que un verdadero tradicionalismo, porque la tradi-

ción no es un pasado muerto al que se vuelven los ojos añorantes, sino una corriente viva, una experiencia que es necesario continuar. Y nadie más necesitado de una tradición que quien pretende encerrar audazmente el porvenir, porque necesita para ello apoyarse en el hecho histórico—sin el cual su acción es imposible—de la nación a que pertenece.

En ese hecho histórico, España, se encontraron unidas las gentes aquel 18 de julio de 1936. Hecho por el que gozaban de una vida civilizada y hecho que les permitía disparar sus afanes hacia el futuro. No les había juntado un parecido ideológico, sino una realidad física y espiritual: España. Más ancha y profunda que todas las ideologías. De ahí que los que en el extranjero llamaban nacionales, querían poner sus ideologías al servicio de esa realidad suprema y no encajar esa viviente y fluente realidad en el cuadro abstracto de una ideología. Porque una nación es un ser y un fluir—un devenir, un ver—del que formamos parte y por el que somos hombres históricos, concretos, sobre una tierra y un tiempo determinados. Si nos fuera posible inhibirnos de lo nacional, pareceríamos o simple naturaleza o ángeles, pero dejaríamos de ser hombres, ya que lo humano sólo a través de las naciones se realiza en nuestros días. Por eso se puede compeler a permanecer fieles a la nación a que pertenecemos a todos aquellos que intentan esclavizar territorial o socialmente. Para cumplir esta justa y liberadora concepción se produjo el Alzamiento, y el Alzamiento dió el héroe que, como en los antiguos ritos guerreros, fué alado sobre el pávulo. Pueblo y Caudillo se completaron, y el Caudillo, «en el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto desde siglos por una España grande, única, libre y universal», dió la norma política de acuerdo con la voluntad de los combatientes: unificación. Y añadió: «Esta, unificación que yo exijo en nombre de España y en el sagrado nombre de los caídos por ella no quiere decir conglomero de fuerzas ni concentraciones gubernamentales, ni uniones más o menos patrióticas y sagradas; nada de inorgánico, fúerz, ni pasajero es lo que yo pido; pido unificación en la marcha hacia un objetivo común, tanto en lo interno como en lo externo, tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestación ante el mundo y nosotros mismos.»

«El estilo nuevo, la forma política y heroica del tiempo presente y la promesa de plenitud española, que traía la Falange entró en su etapa triunfante, guiada por la espada victoriosa de Franco. El Movimiento tenía su órgano político integrado. Llevaba la total integración nacional es la ardida tarea de la paz. Para liberar a España y para liberar a los mismos traideros se batieron los Ejércitos de Franco. Para liberar a todos de cualquier veleidad partidista, la Falange mantenga una paz vigilante, una paz fuerte, con su alta mirada de fronteras afuera para que cada día nos sintamos más unidos de fronteras adentro, ya que nuestra contienda intestina fué, en su última significación, una guerra de independencia que nos dió la conciencia de una posición en el mundo, de acuerdo con nuestras constantes históricas, y a la que tenemos que permanecer fieles y a la que somos fieles con esa División Azul que lucha por el orden nuevo. Y en todas las peleas a que nos puedan llevar nuestras necesidades vitales o la defensa de las verdades eternas, no debemos olvidar aquellas maravillosas palabras de San Agustín a Bonifacio:

«No se busca la paz para ejercitar la guerra; sino se hace la guerra para adquirir la paz. Sé, pues, pacífico guerrero para que conduzcas, venciendo, a aquellos a quienes combates, a la unidad de la paz.»

(Publicado en ARRIBA el 20 de noviembre de 1942.)



"LA MUERTE MENOS TEMIDA DA MAS VIDA"

Por SAMUEL ROS

CHO días de navegación separan el puerto del Callao de la bahía de Valparaíso. Desde el barco, sin perder de vista el litoral, la imaginación puede poner sobre la tierra el fantasma del conquistador Pedro de Valdivia habriéndose paso con sus hombres hasta el límite antártico del mundo y hasta el solar fundacional e incierto de la ciudad que el capitán español llevaba ya edificada en su propio corazón. Por la mente no se concibe la hazaña acaecida cuatrocientos años atrás y mantenida a lo largo de esa tierra chilena que desde el Perú hasta el valle central chileno, donde se asienta la ciudad de Santiago, tarda en sonreír miles de kilómetros. Sonrisa de clima y de flor que parece milagro desde los desiertos de Antofagasta, donde el salitre abre sus surcos de labio amargo y los vientos pueblan su extensión con desolaciones y quejas de mundo deshabitado. Animaba a la expedición el mote que más tarde había de campear en el escudo de la ciudad como explicación de la inexplicable empresa y como acicate para las futuras empresas sin camino trazado, pero soñado: "La muerte menos temida da más vida."

Porque ni Valdivia ni los suyos conocieron el temor a la muerte gozan hoy de vida en la memoria de los hombres de aquí y allá, y en el otro Continente, bajo la Cruz del Sur, se yerguen las ciudades americanas que, pobladas por miles de hombres, unieron al nuestro su clamor cuando en la pasada guerra las ciudades de España sintieron en sus raíces la amenaza de la destrucción. De aquel clamor soy testigo, y quisiera recordarlo en el cuarto centenario de la fundación de Santiago, porque no hay mejor hispanidad que esta de convertir en la voz y el recuerdo que por coincidir en el principio deben coincidir en el fin, sin extraviarse por la vecindad paralela, que cumple su destino de no encontrarse.

Hasta las ciudades de Chile llevo mi recuerdo y mi emoción en esta fecha que se celebra con palabras de una misma lengua y con campanas de un mismo Dios y para la memoria de un hombre que si allí se le yergue sobre pedestales por español, aquí podíamos erigirle por chileno. Sólo este entendimiento explica que el actual presidente de la República de Chile, D. Pedro Aguirre y Cerda, descendiente de Francisco Aguirre, lugarteniente de Pedro de Valdivia y primer alcalde de la ciudad de Santiago.

Quisiera tener tiempo y espacio para escribir el dulce paseo de mi memoria por tierras de Chile y por las páginas de sus libros; para detenerme en los gratos encuentros familiares con amigos y con lugares de allá, y para revivir esos diálogos de mi voz con la de Eugenio Montes, que en su evocación llegan a reconstruir el minuto más perdido de aquel tiempo que compartimos y ganamos para España.

Hasta la ciudad de Santiago, destruida varias veces por indios y defendida y reedificada siempre por el tesón de los españoles, llegamos hace cuatro años cincuenta y cinco camaradas, arrancados de Madrid por el huracán de la revolución y defendidos de sus furias por el Gobierno chileno, y permanecemos allí el tiempo justo hasta reintegrarnos a la media España que entonces nos correspondía. Hoy, desde la España total, nos unimos en el recuerdo para la nación que nos dió hospitalidad, y para los camaradas que cayeron en la lucha por defender nuestras ciudades amenazadas de destrucción repetimos la leyenda que llevaron los españoles para fundar las otras ciudades de allá: "La muerte menos temida da más vida."

(Publicado en ARRIBA, 12 de febrero 1941.)

LA CULTURA MODERNA

Por JOSE PLA

ME complace encontrar a este amigo enfrascado en sus papeles. Este amigo es un dramaturgo de considerables influencias. Lo suelo encontrar en la biblioteca del pueblo.

—Aquí me tiene usted, como siempre, estudiando, documentándome... —me dice con un cierto airecillo de suficiencia.

Abiertos sobre el pupitre hay unos volúmenes de Bernard Shaw y de Pirandello. Y unos papeles con notas y garabatos diversos.

—Estos que tiene usted ahí son excelentes autores de dramas y de comedias. ¿Cómo se divertirá usted desmenuzando su sabia carpintería?

Y como buen novel, rebosando sus mejillas de candor juvenil me dice:

—Son buenos autores, pero no son completos. Se puede hacer mucho más...

—Pero hombre, desde luego... ¿Qué duda cabe!—le contesto encogiendo los hombros imperceptiblemente.

Cuelgo mi abrigo, dejo mi bastón y mientras tanto se me presenta la necesidad de hacer una pregunta a mi compañero de mesa.

—Oiga usted, amigo. Desearía hacerle una pregunta. ¿Me permite? Bien. ¿Ha leído usted las obras de Aristófanes?

—Aristófanes, Aristófanes, me suena...

—¡Claro! ¿Cómo no va a sonarle? Del Instituto, de la Universidad, seguramente.

—Con esto de los nombres del Instituto se hace uno un verdadero lío. Pero en fin, desde luego, Aristófanes el filósofo...

—¿Cómo el filósofo? Si hubo un filósofo de este nombre, como posible, no tiene en los manuales trascendencia. No, no era mi intención aludir a un filósofo. Me refiero a Aristófanes el cómico, el autor de comedias, contemporáneo de Sócrates...

—Pues no, francamente, a eso no lo he leído.

—Así, lee usted a Shaw y a Pirandello y no ha leído usted a Aristófanes... ¡Raro! Sin embargo, conozco. Shaw sabe, Pirandello sabe a Aristófanes de memoria.

—Los clásicos son tan pesados...

—Yo los encuentro ligeros como el aire... Pero en fin, amigo, le dejo. No quiero hacerle perder el tiempo. Además, no sé lo que me pasa. Esas bibliotecas públicas me dan una especie de tristeza activa, como una obsesión en la frente...

Me paseo por la orilla del mar. En dirección contraria a la mía viene un señor con un libro en la mano. Este señor es un veraneante y a veces, al atardecer, le veo en el café tomando aceitunas y algún vago aperitivo. No saludamos. Cuando una persona tiene un libro en la mano, la conversación se entabla sin rodeos.

—¡Caramba, amigo! Buen libro tiene usted. Esta es la «Vida de Don Quijote y Sancho», del rector de Salamanca. Sepa usted que don Miguel me había dicho muchas veces en París que consideraba este libro como su obra maestra.

—Sí, en efecto, es muy entretenido.

—Apreciará usted de este libro, sobre todo, las citas de Cervantes que en él se contienen, que son magníficas, concienzudamente escogidas.

—Lo que escribe Unamuno es también muy bueno...

—¿Cómo no va a serlo? Pero en fin, Cervantes, en este libro, es el que levanta los pesos. ¿Ha leído usted el «Quijote», mi querido señor y amigo?

—¿Quién no ha leído el «Quijote»?

—Perdone... Yo le pregunté concretamente si ha leído usted el «Quijote», porque sucede que hay una indescriptible cantidad de gentes que suponen haber leído el «Quijote» y luego resulta que no lo han leído.

—Pues, hombre, lo he leído... a trozos, como tanta gente. Ya sabe usted que los clásicos son muy aburridos.

—¿Usted cree? ¿Qué tristeza me produce oírle estos juicios! Además, me parece absolutamente extraño que se pueda leer la «Vida» de Unamuno, sin haber leído antes a Cervantes. Fenómeno raro, rarísimo...

Nos despedimos rudamente, con más clamoreo que el que pudiéramos al saludarnos. Temo haber sido indiscreto. Luego miro largo tiempo al mar y su indiferencia absoluta me distrae y me consuela.

Cuando se produjo en España la gran polémica sobre Don Juan—que ha sido una de las más interesantes polémicas entabladas aquí en esta época—yo propuse a varios editores la edición manejable, barata y conjunta de los tres Don Juanes que existen: el de Tirso de Molina, el de Lord Byron y el de Zorrilla. No hubo manera. Estos tres autores han visto a Don Juan—la creación más genial y desde luego la única moderna y perenne de la elucubración literaria española—de una manera absolutamente diversa. Suecía, empero, que la gente leía como pan bendito los papeles de los periódicos sobre Don Juan—papeles sociológicos, patológicos, más o menos psicológicos y hasta políticos sobre Don Juan—y las tres grandes figuras literarias, creadoras, que del personaje existen, no fueron apenas afloradas, fueron dejadas en la penumbra más completa.

Yo llegué entonces a la conclusión de que la cultura moderna es en gran parte una cultura de refrito y no de refrito de primera mano—diríamos—sino de refrito reciclante, de re-refrito. Se lee a Shaw y no se lee a Aristófanes, y se acabará leyéndose una monografía sobre Shaw. Se lee la «Vida» de Unamuno, pero no se lee el «Quijote» de Cervantes, y acabará por leerse una noticia sobre la «Vida». En las artes plásticas se puede tener una cultura de reproducción. Casi no se puede tener ya más que ésta. Es insuficiente, pero, en fin, del mal, el menos. En literatura no se produce ya ni eso. Todo es de tercera o cuarta mano, refrito, archirefrito, superrefrito. De aquí nació la boga de las biografías noveladas, estigma de la época presente, nivel de la artificialidad y del vacío de la época. Nada se ha producido quizás en la historia de la cultura, ni los novelones políticos del siglo pasado, más bajo que eso. Y de este género el ingrediente más impudico es el aire de suficiencia, el tonillo de snobismo y de falsa superioridad que contiene. Estas biografías noveladas han contribuido a las formas actuales de cretinización en grado importantísimo.

Y lo curioso es que en el género memorialístico y biográfico hay y obras inmortales, bellísimas. Basta frente al Dr. Johnson, Eckermann frente a Goethe, Lytton Strachey frente a la Reina Victoria mantuvieron en un grado maravillosamente tenso su inteligencia. ¿Cómo pudo salir de estos prototipos la abyección anterior y la abyección presente?

Y luego, tantas cosas inútiles! Yo he tenido que leer un número indecible de libros, de folletos, de ensayos, de artículos sobre la Historia, su sentido, su esencia, su naturaleza, cosas todas ellas absurdas e indiscernibles que me han robado el tiempo, las horas que hubiera podido dedicar a Tucidides, a Suetonio, a Maquiavelo. Y yo sé el porvenir de las matemáticas, su filosofía, su raíz biológica y psicológica—porque lo he leído—y, en cambio, no sé Euclides. Y de pintura, cuántos no habremos leído sobre ella en medio de estas telas ecualadas, pobres, feas! La cultura moderna es una cultura de pala-



PRIMORES DE LO COTIDIANO

Por EUGENIO MONTES

A dulzura de la existencia, lastimada por las colas de la cuadrilla del Apocalipsis en el mundo entero, ha tenido hasta ahora en Portugal delicado refugio. Podía recordarse en verdad la frase que, en días de guillotina, conscripción y asignados, pronunció el Sr. De Talleyrand, sacudiendo el polvo plebeyo de la dorada casaca, húmedos los ojos de nostalgia por el perdido encanto del antiguo régimen. A esa real apacibilidad y dicha, un tanto de contraste subjetivo, añadia, de modo fácilmente explicable, los prestigios de la fábula. Melidos, hambreados y asustados, oyendo aún el ladrar de los cañones como perros de pajar al vagabundo, los pies en llagas y el hatillo a hombros, subíendole todavía por las pupilas las llamas y el pavor de los bombardeos a los huidos de la guerra cuando la ruptura del frente y el desfallecimiento de París, la llegada a la tierna Lusitania tenía que parecerles verja abierta al paraíso. Era el pan blanco, el regalo de las sábanas, la Samaritana compasiva, el sueño no turbado y el gozo del albedrío. Y para muchos, para casi todos, el barco a Nueva York, Jerusalén de resacas, aunque, como en el cuento persa, les estuviese esperando allá la desgracia de que iban huyendo, más veloz que ellos en el largo viaje. No se escapa al destino, y la diáspora es cierta. Nueva York será con la guerra—quizás lo ha sido siempre—la ciudad de la Biblia que ya entrevió Dario.

Casas de cuarenta pisos, millones de circuncisos y dolor, dolor, dolor.

Desde un banco de suburbio, con frío de esquinas en los huesos y lluvia en las manos, alguien estará ahora añorando palmeras lisboetas y el Tajo ya impenetrable.

Ese río migratorio pasó en sólo unos meses. A ambas márgenes quedaron los que no tuvieron dinero para el pasaje o visado propicio. A éstos los ha concentrado el Gobierno en Caldas da Rainha, un balneario en el camino a Coimbra. En los finales de semana les dejan venir a Lisboa a recobrar fugazmente los usos urbanos. Y luego, vuelta al ritmo lento de ese pueblo ajardinado, donde una vieja reina sorbía las aguas pausadas del olvido.

Enormes fantasmas se han esparcido por ahí acerca de la vida de esos refugiados en vispera de pasaje. Yo me he encontrado fuera de Portugal muchas personas creyendo, en serio, que todos los fugitivos eran millonarios, con brachas de brillantes y rubíes y torrentes

de dinero, cuando lo exacto es que, salvo alguna excepción notoria, lo que traían era tan sólo lluvia en los ojos, pavor, angustia y pobreza. A fuerza de hurgar en los bolsillos conseguían, los más afortunados, arrebatar las monedas para irse en la cubierta de un barco de carga con olor a sardinas y acordeones, cuando en las colas ante las ventanillas de un Consulado no se habían desmoronado bajo la pesadumbre de unánimes negativas. Legendaria es también la imagen alucinatoria de un Estoril dionisiaco y orgiástico, como la Babilonia de la historia antigua o el Tiro, empedrado de maldiciones evangélicas; lo justo es exactamente lo contrario. La innegable hermosura de Estoril se halla transida de saudade, de recato y lejanía. Tiene la elegancia espiritual de lo que ya no ama el ruido y el estrépito y, habiendo extraído de toda cosa la gota de experiencia y desengaño, se complace en recordar con lentitud meditabunda. Retiro, como diría el poeta riojano,

Verde e bien sentido, de flores bien poblado, lugar cobdiciado para home cansado.

Hombre ya de vuelta en el camino angosto de la ambición, ya harto de dar y sufrir pisotones, de dar y recibir codazos, prefiriendo paladear esencias a desvivirse por vivir existencias, sin ganas de ser más que sí mismo.

Un sitio para cortar en rebanadas el pan honrado del silencio, para el coloquio íntimo sin silabas en los largos pñares, para cultivar horacianamente un huerto y asistir al drama delicado y tremendo, el mayor drama cósmico, de la flor o el fruto que quiere crecer, y los antagonistas implacables, ascarba, rojo y viento, que quieren agostar, quebrar y tundir. Si, lugar para esas acti-

vidades mínimas, sordas, opacas, en que se siente palpar lo que hay de noble en el corazón de la vida, eso que cantó siempre la poesía clásica, verso de Virgilio, prosa de Cicerón, sensibilidad de Petrarca, glosa de Fray Luis, lección del humanismo eterno: el «Beatus ille», la descansada vida, un racimo de uvas, el buen sol de la tarde, el temblor de la estrella, el libro viejo y siempre nuevo, el jardín, el crepúsculo, la amistad y el diálogo.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntaron una vez a Saint Beuve, pensativo entre mirtos.

—Me explico cátedra a mí mismo.

cosmos en donde todos quisiesen ser superhombres o superpaíses, un cosmos absolutamente nietzscheano, en el que quién más, quién menos, sintiese la voz sibilar de Macbeth: «Tú serás Rey», se convertiría en un caos. Y demasiado cáctica está nuestra época para no alegrarse de que alguien cifre su anhelo en que le dejen seguir en paz.

El lema pindárico de nuestros años escolares, el «genio os elis», tiene que traducirse así para ciertas vidas individuales o colectivas: «Sigo siendo el que has sido.» Como las vidas individuales modestas son necesarias en una sociedad, así los pequeños países son necesarios en el ecúmeno, y como ha dicho con razón Eduardo Aunós, indispensables en la nueva Europa en génesis. Indispensables para el equilibrio total y para la realización de valores de la sensibilidad, que sólo granan y maduran en un clima de renuncias.

Seguir siendo el que ha sido es todo lo que ansia Portugal, como Estado. Seguir viviendo como hasta ahora han vivido, todo lo que ansian las gentes portuguesas. Lo primero parece posible, a mi juicio casi seguro, hasta el punto en que quepa hablar de seguridad, en un tiempo que, como el hidalgo borgoñón del cuatrocientos, tiene que confesar: «Rien ne m'est sur que la chose incertaine.» Lo segundo, en cambio, parece improbable. Las consecuencias de la guerra universal no perduran a nadie y tienen que turbar, más aún, ya están turbando, la dicha de esta tierra. Ya algunas dificultades—ello era ineludible—están llamando con los nudillos en lo que Camoens denominó, con frase transida de ternura, a pequeña casa lusitana. Mas no importa la escasez cuando la sobriedad es norma. «¡Ea, Dios dirá!», exclaman las madres cristianas en las horas de crisis. Y son esas, precisamente esas, las que sacan adelante la familia, mientras, con mil veces más recursos, al menor contratiempo los millonarios se suicidan.

Lisboa.

(Publicado en ARRIBA el 7-3-42.)





NUESTRO SOLDADO DESCONOCIDO

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

barquilleros, las criadas y el tin-tin del organillo, con el traje nuevo, ancho y desmesurado, de botones relucientes.

¡Quinto de las capitales provincianas! ¡Soldado de las plazas madrilenas! ¡Adorno urbano! ¡Masa de paso popular! ¡Nota de domingo que con la criada formos el grupo inmortal de amor plebeyo!

¡Tú, quinto de los tiempos pacíficos de guarnición! Tú, "paísa", de éstos de guerra con el moro. "Paísa" desconocido, que tan bien te conocemos en todos tus momentos de campaña. Nosotros te vimos en la estación apretujarte con aquel campesino que te abrazaba por encima de tu macuto, de tu manta, de tu fusil, y se limpiaba luego los ojos con un pañuelo de yerbas.

Tú eras el que venías canturreando vagamente en el tercera y asomando por la ventanilla una banderita hecha con el pañuelo nacional de la ropa y una vara, en el tren largo, interminable, del batallón. ¡Qué cosas los trenes de soldados! ¡Viste la impresión de aquella vieja guardabarrera que al vernos pasar arrojó su banderín verde de franja al suelo, para abrir los brazos desesperadamente y romper a llorar, diciendo: "¡Hijos! ¡Hijos!", con un dolor y una grandeza que parecía —Niobe andaluza— la encarnación de todas las madres, ante el hijo que se va; que se va como nosotros íbamos inconscientes, canturreando el son de moda:

"Banderita, tú eres bella..."

mientras el tren corría y se alejaba hacia el Sur.

Ya en Africa te hemos visto aquí, en la vida de campamento, soporizando los trabajos excesivos bajo un sol frenético. Horas de parapeto, lleno de frío, de sueño y de fatiga. Horas de lluvia, transido por el viento, destrozado, terroso, buscando con ansia el rato de la cantina para liberarte momentáneamente ante el vaso de vino.

No eras tú aquel soldado de Cazadores—ese paria entre los soldados—, que convidaba al "cota" robusto, al vaso de té, mientras le sentías sencillamente en la injusticia que con él cometían en no dejarle jugar al billar en los cafés madrilenos y obligarle a hacer una gran figura con el pico, aquí en los campamentos, por esta maldita guerra? Tú, el héroe de los tres años en tierras africanas, sometido a todos los trabajos y penas. Tus dolores y tus trabajos los hemos seguido con interés y con algo más. Así, que conocemos también tu ocaso y cómo es tu manera de morir.

Te hemos visto rebujado sobre la cubierta del remolcador, en el furgón automóvil, hasta llegar al hospital, a esa antecámara de las clínicas, donde te preguntan interminablemente las cosas más inútiles. Y eras una bestia tímida, amarilla, llena de barro, de rotos. Algo que no parecía un hombre. Algo esmirriado, deleznable.

Luego te hemos visto sucumbir, en la agonía lenta de la consumición. A la madrugada te quejabas débilmente, diciendo: "¡Agüello... agüello! Por fin se despertaba el enfermero, un vejete borrachín. De mala gana te arreglaba un poco la

almohada que se te clavaba en el pellejo calenturiento. Vimos cómo antes de salir el sol, llegaban el cura y la monja y encendieron unas velas y te rezaron y aspergiaron, mientras los demás dormían o se quejaban, ajenos, inconscientes. La sala olía de un modo mareante, de toda la noche.

Luego, a media mañana, dos mozos te envolvieron en una manta colorada, te pusieron en una camilla y te llevaron al famoso "carro de las gaseosas". Carretera adelante marchaba lentamente la mula. El cochero tarareaba monótonas peneñas. Te dejaron en el depósito, solitario y trágico, hasta el día siguiente. ¡No te sorprendió quizá uno de estos tormentazos súbitos y tremendos de Africa? En la soledad del depósito contemplarían tus ojos vidriados el zig-zag de los relámpagos. Por fin, junto al mar, frente a España—donde tu familia recibiría a esas horas el papel azul del telegrama—te dejaron para siempre, reposando una oscura muerte, sin violencia, sin la extorsión patética del que se muere en el mulo, chorreando sangre por el balazo.

¡Soldado, soldado desconocido, a quien yo conozco y todos también!, permíteme que un modesto rasgo de piedad te dedique un comentario a manera de epitafio:

Has venido a pelear al Africa desde las tierras del Quijote por un "casus belli" marroquí, que te ha enlazado así con la más vieja y profunda tradición del guerrero hispano: la lucha con el moro. Venerable tradición que apenas repercutía ya en ti, desgraciadamente.

¿Qué guardabas del mesnadero, lanza en ristre, tras el Cid reconquistador? ¿Qué del auzá que al fin clavó el pendón castellano en las torres granadinas? ¿Qué traías a esta guerra? No era el lujo bélico del germano, estrecho en sus bosques y mesetas, irrumpiendo en ajenas tierras. No era el enfático "Puisqu'il veut" del franco sorprendido. Te faltó el deseo de aventura y la sed de botín del viejo español de los Tercios. Nada había tampoco que ganar. ¿Qué te traía a esta guerra? ¿Un estímulo de Quijote, o una fatalidad? De Quijote, al fin hijo tuyo, trajiste su carne macilenta y triste, y quizá también su magín erróneo y fantástico. Ante el acto de Annual tuviste un movimiento generoso y admirable. Pero eran molinos de viento, fantasmas, nuevos fantasmas.

Soldado, soldado desconocido: Por tu esfuerzo ante la fatalidad, recibe en esta ocasión postrera mi respeto y afecto de compañero.



Al llegar aquí tenemos la sensación de haber escalado una de las cimas de la Humanidad heroica. Reina un grave silencio. Nuestros pasos resuenan con

largo eco. Se diría que estamos solos. Los soldados que guarnecen el Hospital Clínico se esconden en sus parapetos o en sus refugios, y cuando nos ven cruzar se mueven ligeramente, con una tan lejana y vaga curiosidad que parece casi desasida de las cosas de este mundo. ¡Silencio indescribible! Sin embargo, el airecillo que viene de la Dehesa de la Villa nos va removiendo memorias: el alma empieza a escuchar resonancias profundas; palabras de dolor, acentos de ira; imprecaciones, plegarias, clamores a España, rezos esperanzados a la secreta visión de Dios. El Hospital Clínico es para la guerra una avanzada inexpugnable; para la inmortalidad española, un paisaje sagrado, igual que el Alcázar de Toledo. Ni más ni menos. Allí, lector, deberemos ir cuando las batallas hayan terminado, a orar por la eterna beatitud de unas almas resplandecientes y a escuchar la llamada voz de unos héroes maravillosos.

Hemos cruzado una especie de patio interior. Estamos entre los restos de aquellos quirófanos que iban a ser el orgullo de la organización quirúrgica española. Adelantamos por una galería respunteada de balazos. Descubierta la oabeza, los ojos sumisos, llegamos ante una lápida. Dice así la piedra blanca:

«Aquí quedan sepultados unos valientes legionarios.
SARGENTO FRANCISCO FERNANDEZ MARTINEZ.
CABO JUAN MAZDA OTERO.
CABO FLORENTINO GARCIA PRADA.
CABO MAGIN RODRIGUEZ GARCIA.
LEGIONARIOS:
RAMON REY BEL.
BARTOLOME FLOREZ GUERRERO.
ROBERTO OBRADOR BURGUETE.
LONGINOS PRADA SERRADA.
LUCIANO IGLESIAS GONZALEZ.
JOSE RODRIGUEZ LUCAS.
MANUEL RODRIGUEZ ROCHA.

La 39 Compañía de la 3.ª Bandera, os recuerda y os admira.
28 de octubre de 1937.
¡Viva la Legión! ¡Viva España!

Nos hemos quedado como clavados en el suelo. Mudos. Nos miramos un instante y rezamos. En la piedra blanca hay una flecha que apunta hacia unos montones de escombros. Son el recuerdo de las minas. Como un alud de piedra, hierro y cemento, gran parte del Hospital Clínico se vino abajo. Los legionarios mantuvieron impasibles su guardia hasta la muerte. Cuando desaparecieron bajo montañas de ruinas, otros legionarios fueron a cubrir el parapeto. Dieron el brinco elástico de la Legión y se situaron encima de los escombros que acababan de convertirse en sepulcro de sus compañeros. El enemigo no consiguió tomar ni un casco del Hospital Clínico. Apenas salían los rojos de sus trincheras para iniciar el asalto tras la explosión de la mina, ya estaban las balas legionarias barriendo la tierra de enfrente. Así una vez, cinco, diez, veinte... ¿Cómo fue posible? Explíquelo España; y en su nombre, hable Franco, el Caudillo que sabe hasta el fin los misterios de la Legión y la gloria de estos hombres incomparables para la guerra.

El sector del Hospital Clínico es más dramático que ningún otro. Está batido por todas partes; pero también por todas reaccionan las

HOSPITAL CLINICO

IMPRESIONES DE UNA VISITA A LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Por MANUEL AZNAR



tropas nacionales con tal coraje, seguridad e ímpetu, que a los núcleos rojos no les queda otra solución que la de guardarse bien en su refugio, en sus trincheras y en sus caminos cubiertos. Con todas las precauciones del caso me dispongo a curiosear hacia el campo enemigo. Ni por mí, ni por estos hombres que así defienden a España, tengo derecho a cometer la menor simpleza. Recuerdo que una vez, llevado de mi inexperiencia, me asomé a uno de los lugares más críticos del frente de Verdún. Habían transcurrido dos o tres segundos cuando escuché la voz de un comandante: "Ocultese, porque, aun cuando nada le suceda, ha de pensar que usted se irá dentro de una hora y nosotros nos quedamos aquí". Estos hombres del Hospital Clínico se quedan igualmente aquí; el respeto a ellos y el propio instinto me imponen la máxima cautela.

Estoy contemplando las calles de Isaac Peral, de Cea Bermúdez, de Abascal; la salida hacia Alberto Aguilera por la calle de Guzmán el Bueno; la plazoleta de la cárcel Modelo; el arranque de la calle de Argüelles... No se ve un alma. Esta parte de Madrid da una fuerte sensación de desierto. Las líneas de trinchera cruzan junto a mis ojos, casi al alcance de la mano. También parecen muertas de abandono. Sin embargo, están crizadas de fusiles y de ametralladoras. Desde ellas puede desencadenarse, en cualquier momento, un tiroteo fu-

rioso. Las puertas y las ventanas de las casas de enfrente son aspilleras. En las cunetas de la calle contigua a este puesto de vigilancia desde el cual miro, una trinchera dibuja quiebros caprichosos. De tiempo en tiempo suena el disparo de un centinela. Es un "¡alerta está!" Hay que mostrar constantemente que el ánimo continúa en pie.

Me estoy acordando ahora mismo de cierta posición alemana que vi en la región de Loos (Francia) el año 1917. Era entre dos pueblecillos llamados Vermelles y Le Philoppe. Al llegar la línea a su avanzadilla, penetraba audaz, como una afilada flecha, en el huerto de una casa. Aquel huerto estaba prácticamente rodeado por los franceses. Las trincheras enemigas no distarían más de seis metros entre sí. No comprendíamos cómo los alemanes conseguían defender el huertecillo. Allí estuvieron, sin embargo, durante cerca de año y medio. Con todo, el huerto de Le Philoppe era menos angustioso que este Hospital Clínico, porque la pequeña guarnición alemana no corría el riesgo de que grandes bloques de edificio se le vinieran encima, tras monstruosas voladuras. Además, se podía retirar aquella avanzadilla sin el menor daño para el resto del frente. En cambio, aquí —y esta es una de las más tremendas características de la Ciudad Universitaria— cada posición, por pequeña que sea, vive solidaria de las demás, y no hay dos palmos de tierra indiferentes a la organización

total, dentro del sistema de defensa. Nuestros hombres lo saben; por eso hicieron un día ofrenda de sus vidas, sin reserva de ninguna clase, y por eso se batían desde entonces con tanto ímpetu. Frente a ellos, no hay victoria posible.

«¡Felices los que han muerto por dos palmos de tierra...»

cantó Carlos Peguy en su maravillosa "Elegía". El poeta murió también por su jardín y por el rincón de su casa. En el Hospital Clínico, los dos palmos de tierra no son una metáfora, no son una licencia poética. Se trata, en efecto, de no perder ni un palmo, ni una pulgada, ni un centímetro de suelo nacional. Esta consigna que los jefes dieron desde el primer momento y los combatientes de la Ciudad Universitaria se repiten diariamente a sí mismos, ha sido cumplida estrictamente, rigidamente a lo largo de cerca de dieciocho meses; y pueden los españoles tener la seguridad absoluta de que así sucederá por los días de los días, hasta que el Generalísimo dé la voz de marcha con rumbo al mismo corazón de Madrid.

Del Hospital Clínico, apenas quedan en pie los esqueletos de dos o tres pabellones. Todo lo demás desapareció bajo el fuego del cañón o en el embudo de una mina. Lo que fue orgulloso alarde arquitectónico, se ha convertido en una polvorienta montaña de cal, ladrillos rotos, pedruscos amontonados, hierros como sarmientos, pilstras en añicos, pisos doblados y cemento que parece rescoldo y ceniza. No de otra suerte quedan los lugares por donde ha pasado la más atroz devastación. Contra los pobres lienzos de pared que sobreviven se enfurece de vez en cuando el mortero y se ejercita el cañón. Pisar los escombros del Clínico es caminar sobre suelo religioso. El enemigo hizo volar allí una mina, y otra, y otra. hasta... ¡no sé cuántas! Cada embudo, un sepulcro; y encima, siempre vivaz, la nueva línea cubierta por los soldados de España. Hasta que a los recién venidos al parapeto les llega la hora del sacrificio; entonces, caen también bajo otra casa de ruinas y sobre ellos aparecen inmediatamente nuevos fusiles vengadores. agudo el ojo y listo el ánimo. Esta es la historia de dieciocho meses en los treinta metros de frente que estoy contemplando.

Sin que nadie lo ordene, me siento aquí inclinado a hablar en voz baja. Después de abandonar la avanzada del Hospital, estoy abrumado por una clara sensación de la propia pequeñez.

«Teniente coronel, comandante, capitanes, oficiales y soldados del Hospital Clínico! Guardo en mi memoria y en mi corazón vuestros nombres. Un día deberán salir a la luz de España, para que todos tengamos el honor de pronunciarlos en alta voz y de ensalzarnos en vuestra gloria sin ejemplo.

He vuelto a cruzar la pasarela sobre el río Manzanares, después de haber asistido a las maravillas de fortaleza, de serenidad, de heroísmo y de grandeza militar que el Hospital Clínico representa. En los caminos de la Casa de Campo, unos soldados recogen ramas y hojas para sus fogatillas. Lluve sobre un paisaje de niebla. Camino de la retaguardia, apenas cambiamos unas palabras de comentario. La emoción de la Ciudad Universitaria nos tiene sobrecogidos.

Casa de Campo, 5 de mayo de 1938. (Publicado en Heraldo de Aragón.)

MI PRIMERA CRONICA

Comenzó mi vida de escritor como soldado. Esa crónica—la primera escrita en mi vida—por noviembre de 1921 desde el Frente de Guad-Land, pertenece a mi primer libro: «Notas marruecas de un soldado». (Madrid, 1943.)

YA que nuestra piedad nacional no le honre nunca, probablemente, dediquemos los compañeros un recuerdo, por lo menos. Compensemos esa falta colectiva de honrar en un concepto una suma de esfuerzos y tragedias individuales. No es que echemos de menos—al decir esto—una procesión cívica, con sus coronitas y sus chisteras de estilo francés. Siempre son estas cosas para nosotros, pueblo realista, algo incomprendibles y cómicas. Pero si un intento de compasión hacia ese anónimo soldado, que lleva sobre sus débiles hombros la desgraciada carga de nuestra política internacional.

Recordemos, recordemos a nuestro soldado desconocido, a quien todos conocemos. ¿No es ese mozo de Cuenca, de Guadalajara que ayer

cavaba o aguijaba sus mulas por la llanura pelada y triste? Si. Ciertamente día tuvo que dejar estos humildes menesteres, como sabemos. Bebió estúpidamente. Canturreó unas coplas monótonas. Clavó su papelito en la gorra, y hacinado en un tercera, con otros paisanos, llegó a la capital. Labriego, ser anónimo del campo hasta entonces, pasó a la otra anonimidad del cuartel. Sin embargo, todos le hemos reconocido.

Le hemos visto en los pelotones de instrucción con sus torpezas y sus cansancios irritando al instructor iracundo. Le hemos visto con su traje astroso de los servicios que, con seriedad inimitable, llaman las Ordenanzas mecánicas, barriendo, limpiando letrinas, tragando polvo de los camastros. Le hemos ido viendo pervertirse en el robo incesante de las Compañías, ante el temor de encontrarse sin las prendas necesarias en las innumerables revistas. También le reconocimos en las horas mejores, de paseo por las Plazas Mayores de las villas, entre las naranjas, el sol, el polvo, los

Por FERMIN YZURDIAGA LORCA

(Premio Mariano de Cavia 1936.)

EN el «comerse las piedras» de hambre ha puesto nuestro refrán la más prieta ansia de la miseria. El músculo fallido por la brega, el vientre seco en la prolongada vigilia, la boca árida se comerían las piedras para saciar el hambre. El hambre enfra el corazón, laxa la vida, mientras enciende en la inteligencia monstruosos castillos y delirios de fiebre. El hambre mata.

Pero, ¿y el tener hambre en el desierto? Entonces, las arenas rusientes y opacas roban todo el jugo a la sangre, aprietan con sequedad el pecho, ponen una exaltada agonía en las oscuras pulsaciones del hambre. Hambre y sed, en la pesada soledad ardiente: sin la caricia de las aguas, sin la esperanza de las palmeras, ciudadano de una vacía ciudad de fuego. El desierto no se hizo para todos los hombres. El que tiene gustos vulgares y deshoja la rosa del alma en vanas parterres, no puede medir la grandeza del desierto porque, al fin, es un arte de exquisito aprendizaje este arte de quedarse solo. Pues el Cristo se fué al desierto de la Cuarentena para hundirse en los abismos del hambre y la sed, para que su lengua quemara como un vaso de barro cocido en las alfarerías del sol, para que se extenuara toda su humana naturaleza. Y para orar.

Se le presentó el diablo y le habló. Pocos agarraderos de tentación ofrece la desnudez del desierto. La ciudad, si gira de esquinas, de luces, de sorpresas, como una rueda loca e ilusionada. El ciudadano mullido en la comba gustosa de los placeres no siente las punzadas del hambre. Lo tiene todo allí en del escaparate de la vida, a tiro del deseo. Pero, en el desierto... ¡La tentación debe afilar su dardo con el fino esmeril de las arenas para dar en la diana del alma! Y, sin embargo, el demonio se agarró desesperadamente a las piedras... como a un clavo ardiendo!— y le dijo:

«Si tú eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes!»

Temblaba aquella mano divina y poderosa de Cristo! Pero aun no había llegado la hora de convertir en vino la casta agua natural, ni la muerte en vida, ni la llaga en rosa, ni el pan ácido en aquel Pan eterno de su Carne misma. Y las piedras quedaron allí, en su ser de piedras, calcinadas de sol, vendidas, como malditas, endemoniadas.

La orilla del lago Tiberiades se abre con la gracia gentil de un arpa sonora. Las olas, en la oración de la mañana, anudan cuerdas maravillosas de espuma. Y sobre el pentagrama del sol, canta el mar su eterna sinfonía de oro. Tiberiades es el lago del Maestro, su amigo entrañable. Sobre las aguas dóciles cayeron hondamente las Bienaventuranzas, abriendo círculos, como mundos nuevos, generosos de amor. Pero en el breve y turbado mar de aquellos corazones que le oían beatificar las lágrimas, la pobreza, la persecución y el hambre, rebotaron las enseñanzas divinas como sobre la piedra. El Cristo, delante del pueblo y de los escribas, agonizaba en el dolor de otra hambre insaciable y extraña. Como en

el desierto ahora también se le presentaban al Maestro las piedras de la tentación.

Muchas veces el corazón del hombre se endurece: vetado por el odio de la pasión mala, se toma con la frialdad del mármol; entonces se vuelve un verdadero y tenebroso sepulcro, blanqueado con el candor de las túnicas y de las filacterias; pero dentro es insensible, inasequible, duro, de piedra. Un hombre tal es la piedra del escándalo. Jesús acariciaba a los pequeños. Al rozarles saltaban bandadas de palomas del mar inocente de sus ojos. Sólo los niños presentían la dulzura íntima del alma de Jesús. «Guardaos de escan-

Murmuraban ya: «Tenemos hambre! Tres días sin comer!» Jesús consumió una Cuarentena en el desierto y curó su hambre en la amarga oración de la ceniza y del ayuno. Pero ahora miraba con misericordia a aquel acerbo pedregal de corazones. «Convertiría las piedras en pan suave, blanco, nutritivo».

No había llegado la hora aun. Pero Jesús tomó en sus manos poderosas unos pocos panes, unos pocos peces, y sació hasta la hartura, con el amor del milagro, aquellas muchedumbres hambrientas. Le iban a levantar por su rey: vivirían y comerían sin trabajar, porque el Cristo sacaba de la nada abundancia de panes y de peces. Pero



años, ¿y viste a Abraham?» Respondió Jesús: «En verdad os digo que antes que Abraham fuera criado yo existía.» Al oír esto cogieron los judíos piedras para apedrearle, pero El se escondió y salió del Templo. Le habían envuelto en las piedras del escándalo. Pero allí quedaron, sobre el suelo, las piedras y los corazones de piedra, inútiles, duros, vencidos, malditos como endemoniados.

Judas si que tenía el corazón endurecido como la piedra. Ni el perfume del nardo roto por la Magdalena, ni el amor de sus lágrimas, podían ablandar aquel bloque compacto que ya no le faltaba en el pecho. No fué el piedra de escándalo cuando Jesús ordenaba predicar el Evangelio de la pecadora arrependida? Pues, sin embargo, aquella tarde del jueves, festejada de almen-dras y de golondrinas, todas las cosas palpitaban con un extraño ardor: el sol ancho de la Primavera, la espiga impaciente del Estío, el horno que tuesta los panes ácidos, y los corazones intensos en el gozo de la vigilia pascual. Todos no. Allí estaba Judas, con los demás discípulos, cuando la Ciudad Santa de Jerusalén se acostaba sobre las palmas del domingo, tristes y sangrientas. Entre dos luces penetraron todos en la casa del amigo del cántaro. Estaba la Pascua a punto. Jesús cruzó distraídamente sus ojos en el portal con la mancha de sangre ordenada en los antiguos ritos de Judá. Se estremeció todo de pavor. La rueca del corazón le tejía con sangre una púrpura de escarnios y de burlas para cubrir su divina realeza. Judas era la piedra de tropiezo, de escándalo. Con el roce traidor de su mejilla desencadenaría la amarga tempestad y el escándalo de la cruz. «Todos vosotros padeceréis escándalo, por ocasión de Mí, en esta noche.» El corazón de Judas era la última piedra que presentaba el diablo a la virtud del Maestro. Aquella misma tarde nos dejaba hasta la Eucaristía, el milagro supremo de la Eucaristía. Erá aquello mucho más que convertir en panes las piedras. Se quedaba vivo, presente, en su Carne y en su Sangre, bajo las apariencias de pan, para alimento de fuertes y viático generoso de agonizantes. Judas miraba desde fuera, cuando el Maestro sostenía en sus manos el Cáliz ardoroso, como si fuera su propio Corazón. Juan, encendido como el fuego, abría el nardo inocente de sus ojos para caricia y descanso de Jesús. Al fin, las manos de Cristo nariarían al pan y lo bendijeron, dióselo y les dijo: «Tomad: esto es mi Cuerpo.»

Hasta el Cenáculo llegaba la gloria triunfante de lo alto. Angeles y Serafines agitando alas de fuego, campanas de oro, himnos azules y gozosos. La Eternidad se había encarecelado, hasta la consumación de la vida, en aquella Hostia de propiciación y de misericordia.

Y la piedra—la tentación y el escándalo de la piedra—que no se había hecho para el milagro del pan, en aquella Cuaresma de Cristo, quedó rendida, atada a vasallaje y revivencia, a sus pies. Porque ya no sería más que ara y trono del Pan.

Por JUAN APARICIO

MUCHOS guardias de Asalto y de Seguridad, en parejas de a pie y de a caballo, custodian y vigilan los alrededores de la Academia Española, donde viene a ingresar Pío Baroja. Frente a la casa de la Academia se yergue la estatua de María Cristina, la mujer de Muñoz, la esposa de Fernando VII; y así se desconoce si el despliegue de las fuerzas de Orden Público obedece a la asistencia de don Niceto a la Academia, si es que conducen desterrada por orden de Espartero a la Reina napolitana, o si doña María Cristina, la protectora del protagonista de Baroja, Aviraneta, quiere meter en la solemnidad del acto las tracumundanas y las luchas civiles del siglo XIX. Y los guardias lo impiden...

A la Academia Española se debería ingresar pasando por la Puerta de Alcalá, ceremoniosa, versallesca, neoclásica, y, no obstante, tranquila, en medio del tráfico moderno: porque llegamos a un remanso, a un salón de la época prerrevolucionaria, a este salón de ceremonias—terrapleno rojo y las cenizas—donde predominan las mujeres. Hay que ver en seguida si están presentes los cien mil personajes de las novelas de Baroja, y si han acudido muchos lectores barojianos. Entre las damas elegantes y los caballeros intrigados no se divisa el perfil de juana de su tío don Eugenio, ni tampoco a los otros protagonistas; pero sí el rostro de caballero del Greco, de su hermano Ricardo y la expresión de estudiante nihilista de su sobrino Julio. Aquí están, además, Martínez, Justico, Abad, Leoncio. Estos nombres anónimos han leído y leído a Pío Baroja infinidad de veces en las bibliotecas populares, se han fascinado y aturrido con la misma palpación ardiente de don Pío y le siguen devotos y fieles a la Academia, como antes en el arroyo. En la sala de arriba de la Biblioteca Nacional no permiten la lectura pecaminosa de las novelas y, por tanto, su petición. Para paladear Martínez «El árbol de la ciencia» tiene que escribir en una papeleta, donde ha puesto la signatura de la novela: Rocasolano, «Química», o Gascón y Marín, «Derecho Administrativo», logrando así que los subalternos ignorantes del subterfugio le sirvan el libro de Baroja en lugar del manual de texto, cuyo título en la papeleta había sido la trampa.

BAROJA, ASUSTADO

Rápidamente se ha llenado el salón del público curioso de los estrenos y de los barojianos que esperan escuchar la palinodia o al Baroja de cuerpo entero. Son las seis y treinta y cinco de la tarde. Un hisbiseo y un murmullo general de todos inicia el espectáculo. Por una puertecilla, a la derecha, aparecen sobre el estrado el Presidente de la República, don Ramón Menéndez Pidal y los señores académicos. Marañón, con la seguridad y el frac del actor que pisa bien las tablas, avanza hasta la mesita de la izquierda. Baroja, con alguna timidez, un tanto aturrido y desconcertado se acerca a la mesa de la derecha y no sabe si sentarse antes de la lectura del discurso. Vacilante, se agacha un poco; pero los faldones tropiezan con el sillón y lo repelen como un muelle. Baroja, ya de pie, con una rígida ticsura que hieratiza su corpulencia desgarrada de hombre «humilde y errante», empuja un folio. Su mano desvertebra está asustada y se refugia como una rata blanca en el bolsillo del pantalón. Mientras, lee con una voz igual, monótona, opaca, íntima; con la misma voz que habla



a su madre y a los amigos; Pío Baroja se contiene como un autómatas de atrás adelante. Encima de su calva, casi total—que contrasta con el pelo ralo y negro—Baroja, «tú nunca serás nada»... Ni diputado... ni académico... Ahí tiene enfrente, dispuesto a contestarle, a don Gregorio Marañón, médico también, también escritor. El hombre que lo es todo y ha desafiado muchas cosas. Marañón tiene el tipo del triunfador en la vida social, del hombre sugestivo y fotogénico que, a pesar de ser abuelo, hasta parece un galán de la pantalla norteamericana. Marañón y Baroja: ¡qué médicos tan contradictorios; qué médicos tan distintos: el médico rural y sin clientela de Cestona, y el doctor a «la moda», el catedrático!

Baroja lee despacio y con un sólo tono. De vez en cuando se percibe un chiste, y una parte de los espectadores ríen. Se nota que algunos, a pesar de la tragicomedia de su juventud, que Baroja ha llevado a cues-

tas, únicamente distinguen y saludan los chascarrillos. Quisieran dar al acto una hilaridad de carcajada; pero los señores académicos se presentan muy serios. Uno lleva una banda multicolor, cruzada; otro se viste con casaca verde y calzón corto. A los fogonazos del magnesio ha sucedido la luz eléctrica en las bujías y en los candelabros, que ponen más empaque a la reunión, presidida por un retrato de Felipe V. Debajo de la peluca del rey francés se sienta el Presidente de la República.

UN DISCURSO QUE ES UNA NOVELA MAS

Baroja no ha venido a justificarse, pero sí a confesarse. Ya se comprende por qué no están presentes sus protagonistas cuando habla Baroja. Sus personajes, sus fantoches, los muñecos de sus novelas, son el propio Baroja, repetido y reflejado en cien mil espejos. El solitario siente la necesidad de acompañarse con su mismo ser. Se mira y se mira, se mira al descubierta y luego se ofrece sin pretensión ni narcisismo a la curiosidad o a la voracidad del público. «La formación psicológica de un escritor», no es un discurso protocolario y frío, sino la vida de Baroja, una novela más, la génesis de todas sus novelas, que son el resumen de su vida. Baroja vino al mundo en una época «que en la colectividad española no existía un ideal político o religioso firme», y entonces «es difícil o imposible que lo haya en el individuo». Poco a poco, Baroja se ha rehecho un ideal patriótico, que, en resumen, es la tradición, los clásicos y la historia de España; y si no confiesa su catolicismo íntimo, por lo menos sabemos que enciende las lamparillas a la imagen de la Milagrosa. Al cabo de sesenta y dos años de vida y otras tantas novelas publicadas; después de la turbación y el desasosiego pánicos de su juventud en pos de la verdad, la aventura y los héroes, de su anarquismo circunstancial e inocente, porque el Estado no le daba la mano ni le concedía su atención, Baroja ya está tranquilo. Antes de entrar en la Academia, acofado, al fin, por el Estado, nos relata confidencialmente las peripecias de su alma. Ya está tranquilo. Hay alguna aspiración esperanzada por España en el párrafo lírico que termina sus notas. Los aplausos estrépitos y cordiales lo abrumar y le desmayan algo. Cuelga unos zapatos lustrosos, relucientes; acaso ahora, después de una lectura prolongada, ella de menos sus botas de paño y su bota.

MARAÑÓN CONTESTA

Ahora recita Marañón su discurso con desenvoltura y desenfadado, con un ritmo entonado y elocuente. La noche se agacha; detrás de la vidriera del lado izquierdo, donde campea la musa de la elocuencia, Marañón defiende el academicismo y el genio novelístico y español de Pío Baroja. Baroja ha apagado la luz de la lámpara de su mesita, se ha bebido un vaso de agua con un azucarillo y toma la postura inconfundible de cuando está en su casa: las piernas cruzadas y las manos cruzadas encima de las piernas y la cabeza hacia atrás. Ahora, ya está tranquilo. Como en el título de su novela última, donde muere y acaba su protagonista Aviraneta, antes de la mejor vida, antes de penetrar en la Academia, se ha confesado ante nosotros, se ha arrancado los pedales de su existencia. Ya se ha acabado todo. Ya está dicho todo: «Desde el principio hasta el fin».

(«Ya», 13 de mayo de 1935.)

Deploración del Jueves Santo

Por ANGEL MARIA PASCUAL

vos imponderables de corrupción, y en el intervalo, la vieja pompa teatral ha abandonado la grandeza de Dios a una estética de escaparate.

Ya los días precedentes se abrían los oscuros sobrados que guardan sus decoraciones momentáneas. Por estas diminutas puertecillas que no se sospechan en el resto del año, salía un alieno fresco y denso de sombra cerrada, incensada y mohosa. Allí, en el suelo, al alcance de la mano, estaban gigantescos y chafarrinados, los capiteles corintios, los arquitrabes de jaspe, las columnatas, los frontones y unos ángeles descomulgados con vuelos de carnes rosadas, sobre cielos fríos e intensos de

lienzo. Allí aguardaban su turno, mientras los carpinteros iban levantando sobre una decoración de altares vacíos el paramento colosal y gregorromano: las escalinatas, los arcos, los fondos, el tabernáculo; y en lo alto las alegorías de profetas, virtudes, patriarcas y santos; una falsa estatuaría que repetía el motivo de la disputa del Sacramento. A un lado quedaban las escaleras, altísimas y estrechas, y las sogas que sirvieron para levantar la efímera fiesta del Jueves Santo, como los atributos de la Pasión para un gigantesco descendimiento.

Aquellos Monumentos eran una gran escenografía renaciente, una escenificación de las plenitudes severas y rotun-

das de Trento. En cada iglesia se repetía el tema del paladiano teatro de Viena, con falsas perspectivas y falsas arquitecturas, el finto coro y el falso veneciano, para fondo de las comidas evangélicas. Verónes y el Vignola se traducían en aquella gradación de arcadas y naves como se traducían en los diseños jesuitas de Andrés del Pozzo, para óperas sacras y fiestas eclesiásticas, las pompas versallescas de las tragedias de Racine o los ballets mitológicos de Lully y de Rameau. También en aquellos Monumentos para la gloria de la Eucaristía—como una isla del gozo en medio de la dolorosa Pasión—podía cantarse con personajes simbólicos un oratorio sacro, que representara un concilio de potencias del alma y de pueblos universos cantando el más católico de todos los himnos al cuerpo de Cristo encerrado entre rayos de oro y volutas de incienso en la prisión, que su amor infinito fundó en medio de todos los hombres. Y habría debajo una gran compañía de violines, de órganos,



Dos benjamines de Falange

Por **LUYS SANTA MARINA**

COMO creo que la mayor gloria de los jefes es haber formado hombres capaces y dignos de seguirles, en este cuarto universitario de su muerte quiero hablar brevemente de dos camaradas de la Primer Centuria de Barcelona, la Amarilla, que el 22 de noviembre de 1936 le siguieron a los luceros.

Todos, los pocos que quedamos de la vieja Falange, recordamos a Eusebio Jou y Enrique Dalmau. En aquellos tiempos, tan próximos y lejanos, Sindicatos, Milicias y S. E. U. se fundían en una sola primera línea, mercedada cada día por cárceles y hospitales; una primera línea en pugna constante y donde los agotadores caídos de servicios caían siempre sobre los mismos hombres, hombres es un decir, pues su mayoría eran muchachos que se escapaban de sus casas para correr la heroica

y loca aventura de Falange, pues sabido es que familia y heroísmo pocas veces se llevan bien por aquello de que con mi casa más conviene una gallina que un águila. La España entonces vegetaba así. Un «gran político» le dijo a JOSE ANTONIO —él me lo refirió—: «Cada época tiene sus héroes, y los soporta lo mejor que puede.» Y ese paguato arrastró multitudes!

Y así llegó el Alzamiento. La noche del 18 de julio, salieron furtivamente de sus casas, y me los encontré en el patio del cuartel de Pedralbes, junto con los demás camaradas. Por primera vez cogían un fusil en sus manos, y, sin embargo, combatieron como el primero en la Plaza de la Universidad y luego en la de España.

...
Los volví a ver en el «Uruguay». Jou —tenía un camastro a mi lado—, tocan-

do los linderos de «Elephant Square», y le llamábamos el «Ternavos» por su pelo negrísimo y lustroso y su bondad y alegría. Dalmau estaba en el soldado n.º 3, con una pandilla endiablada, «los cipotes», de los que tantos han caído.

Del «Uruguay» dimos con nuestros huesos en Montjuich (8 noviembre), y nos pareció llegar al paraíso. Poco nos duró: supimos que hacía días habían fusilado al camarada Emilio Solano; y casi seguido vino el juicio de los dos críos, y el tribunal popular n.º 1, me los condenó a muerte. Parecía increíble, pero el sábado 21 de noviembre, en una noche horrible, verdaderamente sabática, allá a las dos de la mañana, una patrulla de milicianos se acercó a mi camastro, con armas y con luces.



—¿Qué demonios les pasará a estos bestias? ¡Vaya unas horas!—fue lo primero que pensé.

Nada. Los niños me llamaban. Y con aquella «buena compañía», forrado en la manta, tiré escaleras arriba, hacia el patio del castillo, livido de relámpagos.

...
Me los encontré en la «capilla», que era una sencillísima habitación blanqueada y con sólo unas cuantas sillas. Serenos y como si con ellos no fuera nada. Delante de los rojos me saludaron brazo en alto, diciendo con voz firme: «A tus órdenes.»

Contesté al saludo y en seguida corrí a abrazarme. Aquella mañana leímos asombrados la muerte de JOSE ANTONIO: cuatro líneas en un rincón perdido en un periódico. «Censuré la noticia de momento, y me quedé con el diario. Sin embargo, a camaradas que iban a morir creí un deber decirles:

Hijos, en los luceros os espera JOSE ANTONIO. Y Eusebio Jou me contestó, sereno y erguido: «Ya lo sabíamos.»

Y seguimos hablando, como si aquello fuese un centro de Falange y nada hubiera de pasar un par de horas más tarde. También estaba con nosotros un requeste magnífico: Ismael Alegría, que cayó como un héroe, junto con ellos.

El tiempo huía, y con ese desprendimiento que da la muerte próxima, querían despojarse de todo: los cinturones, los jersey, cuanto tenían... No quise nada, me partían el alma ofreciéndomelo.

Y recuerdo que Jou me dijo (la noche era espantosa y helada):
—Luis, si te dicen que he temblado, no se de miedo, sino de frío.

Se acababa el tiempo por momentos. Me avisaron que saliese.

Y abrazados los tres, por última vez, cantamos en voz alta nuestro «Cara al Sol».

Quando los fusilaron—lo contaron los rojos aterrados—, a la primera descarga cayeron todos; y Enrique Dalmau, herido en una pierna, pequeño, anifado, surgió de entre los muertos y se puso en pie gritando: «¡Apuntadme al corazón, que estoy vivo! ¡¡Arriba España!!»

Al recoger los cuerpos, Jou, acurrillado el pecho a tiros, sonreía.

...
Muchas veces he cantado nuestro himno: alguna con JOSE ANTONIO; condenado a muerte, otras; junto con otros camaradas, en igual situación, en la 3.ª galería de la Modelo de Barcelona, como réplica a la «Internacional»; al conquistar con la Falange Valencia; pero jamás ninguno se me hincó tan adentro como aquí en compañía de los dos niños-heroes, primeros en cumplir nuestro lema profético: MORTVI MORITVROS SPERANT.

27 de noviembre de 1940.

Recuerdo y angustia de Salaverría

Por **JOSE MARIA ALFAR**

MURIO José María Salaverría. Otro de los hombres representativos del 98 se nos va, en estas horas en que los derrotismos románticos de aquella generación han sido ahuyentados por tormentas de pólvora. Poco tiene que ver la posición mental y sentimental de los jóvenes de hoy con el delirio anarquista que premió la entrada en acción de aquella juventud, que paseaba sus melenas afrancesadas por la calle de Alcalá, mientras nuestras soldados defendían, bajo cielos tropicales, los últimos pedacitos de un imperio, que los enviaba a luchar con el único pertrecho de unos compases de la «Marcha de Cádiz» para guardarse por igual de la fiebre amarilla y de las balas del enemigo.

Horas en las que AZORIN abría su paraguas rojo y se parapetaba tras la impavidez de un monóculo para defender las páginas de su «Charivari»; en que Joaquín Costa, el desmelenado y notarial «león de Graus» quería echar siete llaves al «sepulcro del Cid»; en que Unamuno escribía un tratado sobre las pejarritas de papel, mientras luchaba «agónicamente» entre sus angustias por adquirir el perfil del concepto de la personalidad; en que Baroja hacía de la arbitrariedad dogma estático; en que Maeztu, todavía bajo el ala del puritanismo, caminaba a cuatro pies desde la Puerta del Sol a la calle de Sevilla, como ejercicio para vencer la sensación del ridículo; en que Valle Inclán hacía de Barbey o de D'Annunzio de la carrera de San Jerónimo... En fin, los jóvenes del 98 avanzaban hacia la gloria literaria entre volapiés de Mazzantini, largos períodos oratorios de Maurá, orgías de «pucherazos», algún que otro desafío a primera sangre, recuerdos nostálgicos del vals de «La Bohème», predicciones en desierto de Menéndez y Pelayo y la agnía sendo-filosófica del prosaísmo aforístico del inefable don Ramón de Campoamor.

Salaverría no formó nunca como soldado de grupo. Ya desde su entrada en la vida de las Letras se constituyó en francotirador; quizá su juventud metida en el tubo de paredes de los faros, con los ojos persiguiendo el vuelo de las gaviotas y el rizo diverso de las olas, le hiciera sentirse un poco torre sobre roca con la altanería, la fe militar y el sentido salvador de ella. A esto vino a juntarse—con su desmelenamiento y su egocentrismo—el pensamiento de Federico Nietzsche, del que andando los años, cuando la madurez suavizara los gritos juveniles, no había de quedarle sino su largo bigote de Soca.

Se juntaban en Salaverría ímpetu de aventura y poético dolor de nostalgia. Así, sus libros fueron muchas veces, frente a la impermeabilidad de aquella España de su juventud, graves llamadas de atención en las que ampezaba a perfilarse un heroico sueño acariciado por vientos de conquista. Algunas veces, de las que luego habían de convertirse en viva realidad de España, comenzaban a solararse entre

brumas en la mente de Salaverría. De su pluma salían, entre ásperos recortes de su estilo, anunciaciones sobre los mitos de nuestra Historia. Y es aquí donde su figura se hace más interesante entre el temblor de su tragedia. Un duelo interior se mantiene a lo largo de sus libros y de sus días; la lucha por el sentimiento religioso. El español del 98, enamorado del solitario de «La Engadina», que partió para n ue s t r a América a luchar a brazo partido con la existencia, siente la angustia de una fe que ha huido y que es preciso reconquistar. Años de activa torcedura antirreligiosa, que van desde las páginas de «El Motín» a los escándalos en tor-

no a la «ley del Candado», han hecho que un fermento de irónico escepticismo dibuje en los escritores españoles una cierta suficiencia mefistofélica. A Salaverría también le coge la ola. Pero poco a poco, sus desplantes van haciéndose traspasada carne de nuevos caminos de Damasco.

A través de los libros de Salaverría puede advertirse la lenta transformación de un espíritu alerta. Su seca prosa quiere correr por las venas de dos continentes y servir lo que en el fondo de sus pensamientos queda de nostalgia conquistadora. Siempre hay algo en la vida de un escritor que denuncia lo que me atrevería a llamar la tram-

pa y el secreto de sus libros. Y este algo en Salaverría era su vocación y rara destreza para construir pequeños buques, como esos que cuelgan en las casas de los pescadores o en las folletinescas tabernas de los puertos. Así, todo en él se hacía como sueño de bergantines al que pusieran el contrapunto sus años mozos metido entre la anhelante soledad de las paredes de los faros. Y por eso quizá en su exterior modo de andar y conducirse, quiso ser un imposible: Conrad español de los más tristes días, aquellos de su juventud en que todo era duelo ante los últimos desgarrones imperiales.

«A B C», 30 de abril de 1940.

DEPLORACION DEL JUEVES SANTO

(Viene de la página anterior.)

de trompas y de mágicas flautas; la sabia música de aquel tiempo que traducía en plenitud de orquestas el gran certamen del Salmo: *Laudate Dominum in psalterio et cithara, in tympano et choro, in chordis et organo.*

...
Sin embargo, el teatro de los Monumentos estaba vacío en un reverente y majestuoso silencio. Algunas veces había pintados unos guardias vestidos a la manera de las tapicerías y cabalgatas del Seiscientos, cuando querían dar una versión de los mitos paganos; y eran los únicos personajes mudos y rígidos de aquel fasto casi pagano que se rendía al suave yugo de la fe cató-

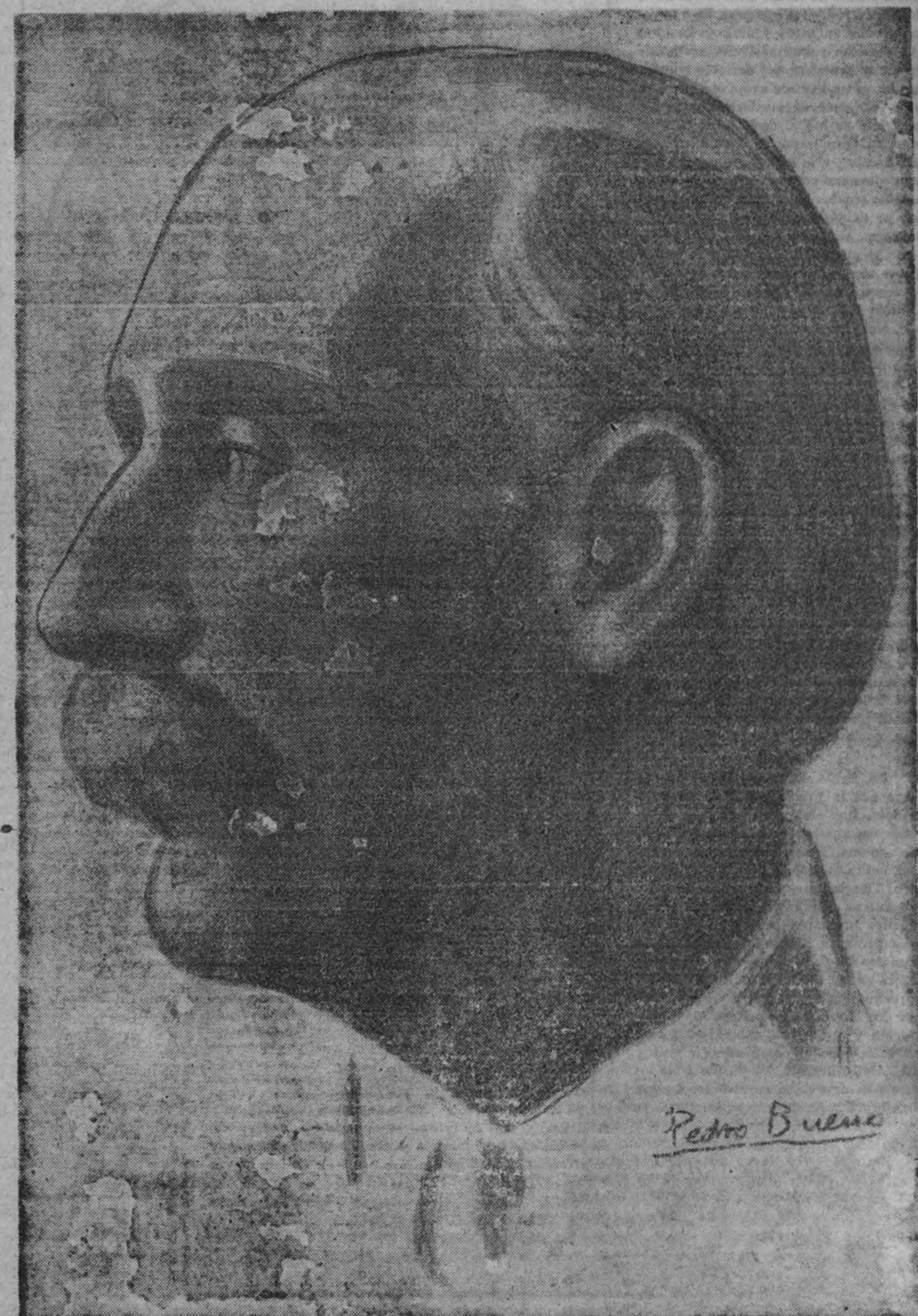
lica con el ademán sumiso de las Partes del Mundo en el triunfo de la Iglesia, descrito por Rubens. Les subyugaba la eternidad en múltiples detalles y conceptos. El Monumento de San Cernin tenía en lo alto un reloj. Sobre la inconsciencia gentilica que desconocía el tiempo, aquel reloj era un silogismo cristiano que, midiendo el tiempo, recordaba la muerte, y en lo fugaz de las horas, lo perenne de la eternidad. Aquel reloj era la llamada ascética, turbadora, inquietante, en medio de la clásica alegría, al revés que en la Catedral, donde se rompía la penitencia gótica de las naves oscuras en una gran ventana barroca sobre todos los elementos naturales: el agua, el aire, la tierra y el fue-

go. En el fondo, ante un cielo convulsionado, sorprendido e inestable, con el sol, la luna y las estrellas, como en el primer día de la Creación se amontonaban gruesas nubes con el pardo color del Tiépolo, cuando ponía sobre ellas ángeles eucarísticos, con custodias de oro en el escorzo difícil de las bóvedas. Y allá, en lo alto, sobre las cornisas, temblaban innumerables lamparillas de aceite, como en los castillos que se engalanaban para las victorias y para las festividades. En la noche de la Pasión parecía el castillo interior iluminado, o la mística ciudad de Dios que se regocijaba en la noche, porque aposentaba en su recinto al Rey Celestial. La adoración iba y venía en un río sordo y continuo de pasos, mientras allí arriba, insospechadas, frágiles, agitadas por ese viento desconocido que lleva dentro cada llama de aceite, las lámparas seguían la guardia sin fatiga, hechas de todos los fuegos de aquellas jornadas memorables: la teas del huerto, las fogatas del patio de Caifás y el resplandor angélico del alba de la Resurrección.

...
Fuera del Monumento, las iglesias del Jueves Santo bostezan un ténico abandonado. En el fondo de las capillas, los altares parecen despojados por la misma turba del expolio de Cristo. Las aras están desnudas, los cirios apagados, los sagrarios abiertos y vacíos, y los velos negros que cubren los retablos caen en un fúnebre desmayo de antiguos cadalsos. Allí, en el borde de la sombra, una voz infantil y triste se levantaba de vez en cuando: «¡Por los Santos Lugares de Jerusalén!» Durante mucho tiempo flotaba en la voz toda la tierra santa, con yermos aguafuertes del padre Geramb. En otra mesa ponían unos grillos y unas cadenas, y otra voz se oía en largos intervalos: «¡Por los presos de la cárcel!» Sonaban las limosnas en las bandejas de azófar, y el bochorno de todas las tardes del Jueves Santo metía entre el azote de las pesadas cortinas del cancel ramalazos de un sol blanco, polvoriento y crudo; entre el escenario teológico y brillante del Monumento, y aquella tiniebla de hierros y voces monótonas y oscuras, se entablaba una interminable cuestión, un diálogo de contraste y unidad ante la exaltación del Sacramento. Y esto era, sencillamente, España.

Angel MARIA PASCUAL

Pamplona, Jueves Santo 1941.





IN PACE

POR
VICTOR
DE LA
SERNA

S

me acaban de pulverizar, como seca arcilla deleznable, entre los dedos, todos los tópicos previstos. Debería haberlo esperado así. Cuanta literatura, cuanta filosofía y aun cuanta poesía ha sido montada acerca de El Escorial, se me han derrumbado.

Queda sólo El Escorial mismo, desnudo y retórico, y quedo sólo yo en este poblado desierto, con mi pobre voz de caminante, ante el suceso indecible de que entra el cuerpo muerto de José Antonio bajo la inmensa cruz abovedada hasta la losa en que Franco, pálido y grave, le espera en posición de firme.

Campanas fundidas con bronce de cañón infiel o hereje doblan sobre los millares de cabezas destocadas, mientras la católica tierra que cubre los mejores huesos de la Cristiandad acoge el arcángelico despojo.

Quiero emplear unas simples, cristalinas y severas palabras solamente.

Trae el féretro del Fundador el

Los camaradas Palmas de Plata,

oro tostado de unas hojas de olmo caídas al paso por el viejo y húmedo parque. Aún están calientes del último sol bermejo de las Españas y son el último calor para su cuerpo. ¡Sacro sol de España, Dios mío, que él amaba tanto y bajo el cual aleccionó tantas veces!

Ahora su cuerpo queda en la tenebreña tiniebla, signado por la cruz que un artesano trazó sencillamente sobre una vitela, hace siglos, para santiguar imperios.

De fuera, de la Lonja y del Patio de los Reyes, llegan el silencio y el aliento de los miles de pechos y de los miles de banderas. Calladas y enteras, las centurias escuchan el rito funeral de la Comunidad ante los antefonarios inmensos, para forrar cada uno de los cuales fué necesario un novillo entero. Si el Padre común de los fieles pudiera presenciar esto, comprobaría, anegado en gozo, que nadie en el mundo le da a la muerte por Cristo la solemne y alegre severidad que le da el español. ¿Dónde hay otro Capitán de Cristo como este muerto Capitán de España?

laureados de la Faiange, guardan los últimos el cuerpo de José Antonio. Hay entre ellos artesanos, letrados, nobles y labradores. Son pocos, porque los que faltan murieron en la guerra de España; pero son ellos España entera: la España donde no hay capitán sin labrador.

Están quietos, como olmos sin viento. Les sube por el cuerpo recto la tremenda marea de las tumbas antiguas y la fresca savia de la tumba joven.

Todos los estamentos de España están aquí, en la última guardia a quien supo unirnos en un solo destino.

Y están aquí banderas que, ¡por Dios!, no se encuentran demasiado extrañamente en este lugar. Se han plantado, justamente, a la entrada del panteón real, frente a Franco y frente a la fosa abierta de José Antonio. Las portan unos soldados lombardos, napolitanos, sicilianos, sajones, brandeburgueses, nietos de súbditos del Emperador y hermanos de los que, por la fe de Occidente, montan la guardia del Tercio extranjero junto al Fundador.

Franco ha subido al presbiterio; un instante, su cabeza, que empieza a platear sobre una frente tostada por los soles de la guerra, se ilumina con la mineral luz de unos focos eléctricos.

Un reclinatorio de terciopelo rojo ante él. Debajo, generales victoriosos, príncipes de la Iglesia, embajadores. Encima del Caudillo brilla algo, justamente en el centro de su erguido cuerpo. Es un halo que sale de las tinieblas y en el que turnan las luces de los cirios y de los lampadarios.

Allí está hinojada, vivificada por la Historia, la estatua orante del César Carlos. El bordón, fundido en bronce de galeras turquesas, se duerme en la noche que nace.

Es el instante en que el sol del Imperio asoma sobre las selvas y las praderas de América.

Hora de vispera: cinco y diecisiete de la tarde, José Antonio, soñador del Imperio, duerme aquí.

"IN PACE"

(Publicado en «Informaciones» el 27 de noviembre de 1939.)

(Transmitido por teléfono en el mismo día desde El Escorial, a las cinco y veinte de la tarde.)



C

ONTARONME en el Vaticano la historia de aquel inglés viajero del siglo XIX que, acompañado de un cardenal, visitaba San Pedro y quien al pasar, en una galería, por delante de

la empolvada y arrinconada estatua del Júpiter capitolino (hoy en el Museo, entre los bustos de los emperadores) se inclinó profundamente, diciéndole con humor:

«Te saludo hoy que estás en la oposición, por si algún día vuelves al poder.» Pero desde su jubilación definitiva, a raíz del Edicto de Milán, los pobres dioses paganos han tenido muy pocas revanchas.

Tras el vano intento de Juliano el Apóstata, los dioses, expulsados del Olimpo, durmieron bajo tierra durante los primeros siglos de la Edad Media. Los dioses se resistían a morir. Todavía en el siglo VI los campesinos de los alrededores de Roma colocaban, de noche y a escondidas, frescas rosas en los altares abandonados. Pero ya todas las auroras de la Europa civilizada se plateaban de campanas.

La Iglesia triunfante no les dió cuartel. ¿No habéis visto en el Foro romano los pudorosos muros, de humilde barro, de las iglesias, uniéndose y tapando las desnudas cinturas de las columnas paganas? Las ermitas sustituyen a los dioses en las colinas. Sólo se salva el jocundo Pan, flautista, el de las patas de chivo transformado—alargando sus cuernos y su breve cola de cabra—en el dramático diablo católico.

La Iglesia sustituye con su calendario todas las fiestas paganas. San Juan preside en el solsticio de verano todas las magias, todos los ritos, las purificaciones por el agua y las danzas de fuego. Trébole y hogueras de San Juan, hechas inocencia y folklore, sobre un volcán de oscuras fuerzas sometidas.

Y aun truenan los predicadores contra el vigor de las «esurnales» ocultas en el confetti —ya inocuo— de los carnavales. Todavía los tererillos andaluces llevan al toro enmaromado a la ermita de Siles (las cuerdas sustituyen a las guirlandas). Pero el cura de Siles diluye y dispersa con su bendición los extraños símbolos.

Con la caída de los dioses muere el desnudo en Occidente. En las catacumbas de San Calixto, de Roma, aparecen ya vestidas las doncellas que representan a las estaciones del año. Apolo intenta salvar la belleza del cuerpo en el joven San Sebastián, desnudo; pero torturado por las saetas. Porque el dolor da castidad a la hermosura. La belleza femenina se cobija en la Magdalena.

Porque ha brotado una nueva estética más alta y más profunda. La estética del alma. La moral, que, según los griegos, es la belleza en la conducta. Verdaderos vívidos de pudor suben a la cintura de las estatuas.

En el Renacimiento intentan resucitar los viejos dioses. Meroskovsky ha descrito el asombro de los labriegos del Lacio sacando de entre las raíces de los oli-

El domingo de los dioses

Por AGUSTIN DE FOXA (Conde de Foxá)

vos los senos de mármol de las Venus. Los desnudos dioses se ponen un nimbo de oro para poder aparecer en los lienzos católicos de los pintores de los Papas. Y Jesús, en el «Juicio Final» de la Capilla Sixtina, es un Apolo implacable.

Pero esta breve gloria no detiene la decadencia de los dioses, que, para los neoclásicos del XVIII, se convierten en pura retórica y fábula.

Los dioses de Grecia y de Roma habían volado—al avanzar las legiones—a hacer su nido en los árboles de la Selva Negra. El Walhalla es el Olimpo traducido al mundo germánico. Wotan sustituye a Júpiter, y las Walkyrias, a las amazonas de seno impar.

Por los germanos llega la Mitología mediterránea a estas riberas del Báltico. Aquí, en el Norte, he visto en los «crucinos» antiguos bajar al finlandés Väinämöinen, como Orfeo, a los infiernos; y al herrero Ilmarinen, heredar la fragua de Vulcano en este país sin volcanes. En estos inmensos bosques boreales, los dioses se defienden mejor que entre las viñas del Sur. Y cuando el cristianismo llega a Finlandia, en las velas de las naves de Eric IX de Suecia, son sin duda los viejos faunos quienes arman el brazo de aquel campesino pagano que asesina, a la orilla de un lago, al primer obispo, San Enrique.

Parece como si a estas extremidades frías llegara con dificultad la sangre católica, latiendo poderosa en el lejano corazón de Roma.

Finlandia es hoy un pueblo cristiano, no exento de puro y risueño paganismo, que le hace amar el desnudo y festejar a la primavera.

Ayer, primero de mayo, he visto celebrarse en Helsinki la fiesta radiante de la primavera. La precedió la noche mágica de Valpurgis, la noche de las brujas nórdicas volando sobre los campos y los tejados. Y esta noche hubo una alarma aérea. Los aviones soviéticos sustituyen hoy, a las tenues brujas de los «Aedas» escandinavos.

Pero ayer fué como un domingo de los antiguos dioses de la Naturaleza. Se festejaba a la primavera, que aquí no llega, lenta y moderadamente fraguada, como en el Sur, sino que estalla violenta e imprevisible, mostrando más evidente su milagro y haciendo pensar en fabulosas edades de los árboles, del agua y de los prados. Ya fué una bella sorpresa cuando al telefonar a un ministerio, me dijeron que estaba cerrado a causa de la primavera; la burocracia inclinándose ante la mariposa.

Los cines, los teatros, los Bancos, las oficinas públicas también estaban cerrados.

Aun sonaba el deshielo, como un órgano, en los tubos de las cañerías y tras ocho meses de pisar la nieve, de pasear sobre lo blanco—como los Santos por su suelo de nubes—aparecían, rientes y nuevas, las praderas.

Los estudiantes, chicos y chicas, con las blancas gorras de la Universidad, recorrieron la ciudad en fiestas. Por primera vez después del largo invierno corrían todas las fuentes.

En Kajsaniemi, el surtidor se listaba de iris; y salía a borbotones la espuma por las bocas de bronce de las focas de Havia Amanda.

Incluso los viejos este día se tocan con sus juveniles gorras de la Universidad. Parece como si hoy se hubiera parado el

tiempo y todos fueran jóvenes y estudiantes. Los abuelos saltan, gritan, bromean como sus nietos; como si a sus cabezas canas, los blancos gorros hubieran unido con sus badanas todos los sueños de la juventud. Y qué tristes están en los restaurantes con sus oscuros flexibles los hombres que no estudiaron. Porque esta es también una fiesta con moraleja para los perezosos y los ignorantes.

Pasan las rubias muchachas con sus gigantescos girasoles de papel con sus enormes margaritas. Y grupos con blancas banderas, con acordeones y caramillos—un mar de gorras blancas en la esmeralda del campo—que van a cantar a la primavera.

Por todas partes flores de papel; una rosa en el faro de la bicicleta de ese chico y otra en el arnés de aquel rubio caballo que tira de un carro.

Es tan tibio el aire que merece ya el homenaje de las alas. Hay gorriones en Brunnsparcken y gaviotas en el puerto que se paran, blancas como de celuloide, sobre la peana de los pequeños hielos que aun flotan sobre el mar.

Todo Helsinki se llena de ruido, de animación, de alegría; se habla en los tranvías, en los cafés; gestos amplios, latinos. Una muchacha lleva una rosa, auténtica, sobre el seno, y del pedestal de la estatua de Runeberg ha volado una paloma.

Es esta la misma ciudad muda de ha-

ce quince días con sus trincheras de nieve, sus gorros de piel y sus taciturnos trineos?

En el restaurante Fiskarstorpet (la cabana del pescador), junto a los lagos cruzados por lenguas de pinos y abedules, vuelan globos de colores, que alguna vez estallan sobre la brasa de un pitillo. Y hay una serpiente en el pez de hierro de su emblema enredada en su orla de dorados racimos.

Ante el restaurante donde estoy con mis amigos pasan unas rubias ciclistas con flores y globos cabecantes, atados con hilos al níquel de los guías. Mi amigo sueco se emociona recordando las fiestas de primavera de Suecia y sus años de juventud con los estudiantes de la Universidad de Uppsala, cuando pasaban cantando junto al jardín de Linneo, donde nacían frescas, virginales, las flores, ignorando que habían sido clasificadas.

En la blanda ondulación de la pradera está tocando una banda de estudiantes. Uno se adelanta y entre los blancos gorros que vuelan lanzados por sus compañeros, lee una salutación—una oración—a la primavera.

Es el domingo de los dioses del agua y de los campos.

Y a imitación de mis amigos levanto en honor de la primavera mi copa de salmas, el hidromiel de los dioses, la suave cerveza perfumada de miel, el emeto de los semidioses germanos, cuya receta está escrita en los Nibelungos.

Helsinki, mayo, 1942.

